

# CUADERNOS KOINONIA

**COMUNIÓ / COMUNIÓN**

*EXTRA 72 ANIVERSARIO (marzo de 2006)*

Església Paral·lel

«Y llamarás su nombre JESÚS...»



Rembrandt. Jesús en Emaús. 1654.  
211 x 160 mm. Segundo estado.

# LAS CANCIONES DEL SIERVO. Isaías 42 a 53.

Pablo Wickham. Cuadernos de Estudio. Cursos de Estudio Bíblico.

## INTRODUCCIÓN.

Los capítulos 40 – 55 de la profecía de Isaías forman un solo bloque, claramente diferenciado del resto del libro. Miran hacia un futuro que tiene dos etapas: una más inmediata, sombría, de juicio para el pueblo de Dios a causa de su rebelión, y otra más lejana, llena de bendición bajo la mano restauradora de Dios. Su nota más destacada, pues, es la **consolación**, que inaugura esta sección del libro y vuelve una y otra vez con renovada fuerza. El remanente fiel israelita había de saber que, a pesar de lo inevitable del juicio divino que se cernía sobre su nación, Dios, fiel a sus pactos y a sus promesas, les iba a perdonar, una vez cumplidos los propósitos de la disciplina anunciada.

Tales palabras, transmitidas por el profeta, tienen otra finalidad también: **ensanchar la visión de Dios** que tenía el pueblo, la comprensión de su grandeza. Por eso el capítulo 40, introducción obligada a todo lo que sigue, pinta con colores sublimes la majestad de Jehová, Creador y Redentor de su pueblo, contrastándole con los idolillos de invención humana. Israel había de llenar su vista espiritual del carácter y de la grandeza de su Dios, porque sólo una visión tal les ayudaría a sobrevivir la terrible crisis que se avecinaba inexorablemente. Habían de comprender de nuevo que Jehová era fiel a las promesas hechas a sus antepasados. Isaías les recuerda lo que Dios pactó con Abraham (capítulos 51 y 55); que Él, por su misma naturaleza, no podía dejar de cumplirlas. Todo esto les había de preparar y fortalecer para el trance tan amargo que iban a pasar con la destrucción de Jerusalén y el destierro a Babilonia.

Pero estos capítulos tienen otra finalidad aún más relevante: sirven para presentar aquel **Siervo de Jehová** ideal, el Mesías largos años esperado, en quién sólo podrían cifrarse las verdaderas esperanzas del pueblo. Es en esta porción de la Palabra de Dios que se escogen y se plasman, en un solo personaje, los distintos hilos de las profecías anteriores acerca del Mesías. Así, juntamente con otros pasajes claves en Daniel, Miqueas y Zacarías, sirven de puente entre toda la revelación veterotestamentaria y el Nuevo Testamento. Todo esto subraya su gran importancia en el conjunto de la revelación bíblica.

Esta importancia va más allá de un simple interés académico. La figura del gran Siervo de Jehová que descuella en sus páginas no está allí para que se le contemple extasiado, sino para que las mismas características de servicio abnegado que se destacan en Él prendan en los que se le unan, a fin de que «sigan sus pisadas» (1 Pedro 2:21). Es aquí, pues, en Él donde encontramos los distintos rasgos que Dios espera ver en todos sus siervos; no sólo en cuanto a los móviles, sino en cuanto a los métodos, los objetivos y la manera de ser, cosas que le causaron tanto deleite apreciar en su Hijo amado. Su retrato inspirado en estos capítulos –pero delineado especialmente en las cuatro «Canciones del Siervo» (42: 1–4; 49:1–6; 50:4–9; 52:13 – 53:12)– nos da todo un programa de actuación del que no podemos prescindir ni descuidar.

Hay que reconocer, desde luego, que a veces la interpretación de estos capítulos no es fácil. Están escritos en poesía, no en prosa, lo cual generalmente ofrece mayores dificultades a la hora de esclarecer las palabras empleadas, pero a pesar del lenguaje altamente poético y expresivo, lleno de figuras, las líneas generales están trazadas claramente, siendo avaladas, además, por el Nuevo Testamento.

## LA FIGURA DEL SIERVO DE JEHOVÁ.

El telón de fondo, como hemos visto, lo provee la situación del pueblo de Israel en el siglo octavo antes de Jesucristo. Todavía faltaban casi dos siglos antes del exilio babilónico, pero ya se vislumbraban las señales claras del juicio venidero porque Israel, que debería haber sido el fiel siervo de su Dios, había fracasado miserablemente en su testimonio. En la misericordia de Jehová todavía le consideraba siervo suyo, pero su infidelidad era patente. Se mencionan otros siervos también en estos capítulos, como Ciro, el futuro rey de Persia, aún cuando éste no conocía a Jehová (44:28; 45:1, 4, 13), y Dios, a través de sus providencias, los utiliza para que cumplan Sus propósitos, a menudo a pesar suyo. En el caso de Ciro, éste había de ser un instrumento que Jehová usara para hacer volver su pueblo a la tierra de Palestina (2 Crón. 36:22-23; Esd. 1:1-4, etc.); en otras ocasiones, Dios utilizó a rey de Asiria y al rey de Babilonia, entre otros, para el castigo a Israel.

Pero el Siervo de Jehová por excelencia no es ni Israel ni ningún otro gobernante pagano sino un personaje misterioso que, surgiendo del pueblo de Israel e identificándose como tal claramente, sin embargo se distingue netamente del resto de la nación. Todo cuanto ésta no pudo cumplir para Dios, por su pecado y re-

beldía, el gran Siervo lleva a cabo a la perfección. A veces es un tanto difícil distinguir entre los tres «siervos», —especialmente entre el Mesías y la nación-siervo— pero en las llamadas «canciones del Siervo» y algunos otros pasajes adyacentes o similares, se hallan los lineamientos nítidos del personaje que le distinguen de cualquier otro. Por esta razón se ha dado este nombre a los pasajes aludidos. Describen al Siervo desde diferentes ángulos, y en distintas etapas de su ministerio, aunque también contienen otros temas importantes, al igual que los dieciséis capítulos que constituyen su contexto.

Pero, ¿cómo sabemos a ciencia cierta que se trata del Mesías, o sea, de nuestro Señor Jesucristo? Es el Nuevo Testamento que lo confirma en varios pasajes, tanto en los Evangelios (Mateo 12:17-21) como en Los Hechos (3:13, 26; 8:32-33), las epístolas de Pablo (Romanos 10:16; Filipenses 2:5-11) y Hebreos (9:28). Desde luego es evidente que Jesús mismo las entendía así, aplicando sus conceptos a su Persona y Ministerio en muchas ocasiones (por ejemplo en su bautismo, en Marcos 10:45; Juan 13; Lucas 22:37, etc.). Y no sólo son los conceptos sino hasta el mismo vocabulario empleados por los Apóstoles en sus predicaciones y enseñanzas acerca de Jesús, que se inspiran repetidas veces en las canciones y su contexto; sin ellas habría sido muy difícil hallar un nexo unificador completo entre los dos Testamentos.

## **EL MENSAJE DE LAS CUATRO «CANCIONES».**

Podemos decir que es el mismo que el contexto, pero concentrada la atención sobre la Persona y el Ministerio del Siervo. Se le presenta como el Siervo Perfecto que lleva a cabo toda la voluntad de Dios, en medio de una oposición creciente y cruel que llega a acabar con su vida —aunque este no es el fin de su historia—. El Siervo procede de la nación de Israel, y cumple la misión a éste encomendada, pero el alcance de su magna gestión va mucho más allá de los límites nacionalistas, sean territoriales o de sangre; llegan hasta los «confines de la tierra», a los gentiles, que reciben bendiciones por su medio, conforme a las promesas de Dios a Abraham. El pacto que Jehová trae y sella por medio de su Siervo es el Nuevo Pacto que Jeremías había de describir con mayor detalle un siglo más tarde; su obra es de salvación, redención, justicia y nueva vida. Juntamente con pasajes anteriores y posteriores (p. ej. caps. 11 y 61), las «Canciones» constituyen unas profecías mesiánicas claras que hallan su posterior cumplimiento en Jesús de Nazaret.

Ya hemos mencionado el aspecto práctico del mensaje de las «Canciones»: el ejemplo que nos proporcionan de cómo Dios quiere que sean los que le sirven; esto se pone de manifiesto en todas, pero muy especialmente al final de la tercera (50:10 – 11), que lanzan un reto a cualquiera que desea servir a Dios, instándole a proceder de la misma manera y por los mismos móviles que el Siervo de Jehová.

¿Cuál es pues la relación entre las cuatro Canciones? Hemos de tener cuidado de no leer entre líneas, por supuesto, pero sí se puede discernir un hilo interesante de relación entre ellas, según su orden cronológico, dando un desarrollo conceptual armónico y coherente. Alguien ha sugerido que son como el cuadro que un pintor desea realizar. Primero traza las líneas maestras de su plan sobre el lienzo, con carboncillo o lápiz; hallamos este bosquejo general en la primera (42:1 – 4 y contexto). Encontramos en ella lo que pudiéramos llamar los rasgos principales del futuro ministerio del Siervo.

Luego el pintor va rellenando las masas básicas del fondo, tanto lo más lejano como los primeros planos, lo que corresponde al desarrollo de la segunda canción (49:1 – 6), que trata de la preparación del Siervo antes de su ministerio público.

La tercera canción (50:4 – 9) nos da una visión más íntima, casi interior, del ministerio: son las reacciones del Siervo, ya en plena actuación, frente a la oposición de los hombres, apoyándose en su Dios, aprendiendo a cumplir día tras día su cometido. Aquí el pintor ha comenzado a llenar cada espacio de su obra con pinceladas detalladas y van apareciendo los claroscuros y las sombras.

Por fin, en la última y más grande de las canciones (52:15 – 53:12), tan conocida y querida por millones de creyentes, se cargan las tintas y se sacan los relieves; los colores, aunque en su mayoría resultan sombríos, son más brillantes, y se van rellenando todos aquellos detalles que dan profundidad y claridad al sujeto retratado. Esta Canción se nos presenta con una panorámica completa de la vida y el ministerio del Siervo, comenzando con su Exaltación y pasando por su ministerio terrenal hasta llegar al momento supremo de su Pasión, Muerte y Resurrección, junto con aquellos que han sido bendecidos por su Obra.

Es digno de notar que en el contexto de cada una de las Canciones se asocia el gozo, expresado en cánticos que brotan no sólo de las gargantas del pueblo redimido sino de la naturaleza liberada que ha estado esperando la «manifestación gloriosa de los hijos de Dios», como dice Pablo en Romanos 8.

## **LA PRIMERA CANCIÓN: LA PRESENTACIÓN DEL SIERVO.**

## Isaías 42: 1 – 4 y contexto.

Como ya hemos indicado, esta primera canción presenta unos principios generales acerca del gran Siervo y su Obra. Es, por así decirlo, su presentación ante el auditorio universal por parte de Jehová. «He aquí... este es...» dice, instando a que los ojos de todos se vuelvan para contemplarle. Hay ecos de estas palabras introductoras en la ocasión del Bautismo de Jesús y en su Transfiguración (Mat. 3:17; 17:5), amén de una extensa cita de la canción entera en Mateo 12:17 – 21, que no dejan ningún lugar a dudas acerca de quién está hablando.

### Su persona y cualidades.

En primer lugar se le describe en términos inequívocos. Su **relación con el Padre**, para quien es escogido, único y deleitoso; la **fuerza de su poder**, sostenido o amparado por Jehová; el hecho de que es el **vehículo perfecto del Espíritu de Jehová** cuál ningún otro pudo ser jamás (compárese con 11:1 – 4), todo delata su naturaleza única, divina pero también plenamente humana. Como el Ungido de Jehová depende enteramente del Espíritu de éste y es constituido a su vez en fuente de poder y sabiduría para cuantos acuden a Él. El Mesías es el Administrador del Espíritu, puesto que éste no halla nunca ninguna resistencia en Él; es el hombre por excelencia que, siendo a la vez el Verbo encarnado, puede bautizar a otros con el Espíritu, derramando sus dones en los corazones de ellos. En el original la frase «he puesto sobre Él mi Espíritu» expresa la idea de un ave que posa sobre sus polluelos, encubriéndolos totalmente y proporcionándoles calor, y es así que hemos de entender la relación entre el Mesías y el Espíritu que halla en Él su morada idónea. No se puede jamás decir tal cosa de ningún otro hombre, sino sólo de Él porque es a la vez Dios hecho carne. En esta canción apenas se habla de las etapas históricas de su misión, de la Encarnación, Pasión, Muerte, Resurrección y Exaltación a la diestra; se engloba todo en la excelsa descripción lapidaria de su Persona.

### Sus objetivos.

Dos escuetas frases, pletóricas de significado, consignan el porqué de su Venida: «traerá justicia a las naciones» y «establecerá en la tierra justicia». Se relacionan estrechamente, teniendo que ver con su Obra reconciliadora que trajo el Evangelio de la paz y la justificación de vida a todas las naciones (Rom. 1:17 y 3:21), y el establecimiento de su reino mesiánico en forma manifiesta sobre todas ellas en un día futuro. Por eso, «todos esperan su ley», que les viene por esas dos etapas: la espiritual de ahora, el Nuevo Pacto escrito en el corazón (Jeremías 31:31 – 34; 2 Corintios 3:3 y ss), y la futura, cuando reinará en gloria sobre la tierra. Ningún otro gobernante humano, ni siquiera un Moisés, un Samuel, un David, un Salomón o un Augusto César, jamás pudo hacer una obra tal; sólo el Mesías, «mi Rey» (Salmo 2). Otros objetivos, que detallan facetas de las reseñadas arriba, se ven en la obra de restauración que efectúa en el hombre pecador trayéndole luz y libertad (vv. 3, 6 y 7); son facetas que aparecen siempre en las diversas profecías mesiánicas.

### Los métodos del Siervo de Jehová.

Los vers. 2 y 3 detallan éstos. Tratándose del Soberano del Reino de Dios, como sería de esperar son totalmente opuestos a los utilizados por los reinos de este mundo, que se inspiran en los valores diabólicos de su Caudillo siniestro. Notemos su humildad, que rehusa la publicidad callejera de los demagogos populares de todas las épocas; éste es otro aspecto de la «verdad» o realidad que emplea para llevar a cabo su obra de «traer justicia» (en contraposición al método predilecto del diablo, que es el engaño). Luego se nota su compasión, que va en busca de lo perdido, lo despreciable, los desechos de la sociedad humana (la caña cascada y el pábilo humeante), teniendo interés en cada individuo y sus necesidades peculiares, no en la masa. ¡Qué consuelo es contrastar estos métodos con los que privan en el mundo moderno de los grandes negocios donde no se ve más que una lucha sorda por el poder, el egoísmo descarnado y el atropello feroz a los más débiles! (vemos también la misma preocupación en uno de sus seguidores más fieles, el apóstol Pablo, como se aprecia en Colosenses 1:28, 29).

La figura de la caña cascada puede sugerirnos el hombre pecador, quien tal como Dios le creó debe andar enhiesto, con dignidad, para glorificar a su Creador, pero que actualmente se encuentra roto e inservible para estos propósitos a causa del pecado. El pábilo que humea expresa la idea del sacerdocio espiritual que el hombre perdió en la Caída; sólo debiera ofrecer a Dios aquello que le agrada, pero al rechazarlo se sirve y se adora a sí mismo. El Mesías viene para restaurar estas funciones estropeadas, pero se advierte aquí que esa obra de restauración involucra un proceso muy largo, mediante la frase «no se cansará ni desmayará hasta que...» se complete su Obra, la cual expresa su paciencia y su tesón, pese a toda la oposición que se le hace. El

texto original tiene un juego de palabras aquí, diciendo literalmente que, en contraste con la criatura que vino a salvar, Él no será una «caña cascada» (un fracasado, ni un «pábilo que humea» (que no da luz y sí mal olor), sino Uno que complace plenamente al Padre, «habiéndose ofrecido a sí mismo en olor suave... un sacrificio acepto, agradable a Dios» (Efesios 5:2).

En conclusión, notemos que el gran Siervo, en vivo contraste con aquellos otros servidores suyos por medio de los cuales Jehová dio sus distintos pactos a los hombres – Abraham, Moisés, David – **Él es el mismo Pacto** que Dios otorga. Esto se ve en el contexto de la canción, que guarda una relación estrecha con ella. Por eso, se puede hablar con gozo de nueva vida, salvación, redención y un «cántico nuevo», los cuales Jehová proporciona a cuantos quieran reconocer y aceptar su oferta de paz mediante Aquel que cumplió a la perfección toda su voluntad.

## **LA SEGUNDA CANCIÓN: LA PREPARACIÓN DEL SIERVO.**

### **Isaías 49: 1 – 6 y SS.**

Ahora, a diferencia de la primera, es el Siervo mismo quién habla, presentándose ante el auditorio universal de los que son beneficiarios de su Obra. No hay otro pasaje igual en todo el libro, excepto la tercera canción y el oráculo del capítulo 61. A partir del vers. 7 Jehová responde en términos parecidos a los usados en la primera canción, y este diálogo nos ayuda a entender cuán íntima era la comunión que existía entre el Siervo y su Dios.

Esta canción versa sobre la preparación del Siervo para su ministerio, algo que requirió un proceso largo de entrenamiento. No es muy aventurado afirmar que se trata de los «años escondidos» en Nazaret antes del ministerio público. Incluso notamos que el potencial que hay en el Siervo está sin usar: la «espada» se está preparando, afilándose, la «flecha» sigue en la «aljaba». La Obra a realizar se halla en el porvenir todavía. Notemos brevemente los rasgos principales.

#### **Su clara vocación. Vers. 1, 3 y 5.**

Como Jeremías antes y Juan Bautista después, el Siervo tiene una convicción indubitable acerca del propósito divino que le trajo al mundo. Aún antes de nacer, recibió el llamamiento –indicio leve pero claro de su preexistencia–, y este hecho tuvo su confirmación en el Nombre que se le dio: **Jesús, «Jehová es el Salvador»** (Mateo 1:21). Y este nombre delata tanto la Persona como la Obra que vino a realizar.

#### **Su concepción y nacimiento. Vers. 1.**

No hemos de buscar aquí ningún indicio del nacimiento virginal (¿a quién puede interesarle la genealogía de un esclavo?, véase Marcos 1:1), sino que se le equipara con otros siervos de Dios como Jeremías y Pablo, ambos de los cuales se sabían llamados en fecha tan temprana de su existencia (Jer. 1:4; Gál. 1:15, y compárese con Lucas 1:15, 41).

#### **Su preparación profética.**

En su caso «la espada del Espíritu» fue perfectamente preparada pero hubo un proceso lógico para ello, en la niñez y juventud del Siervo, por el que «se llenaba de sabiduría» (Lucas 2:40, 52). Por supuesto, este proceso no era de tipo académico sino que la sabiduría lo tuvo que asimilar y recibir a pulso, día tras día, en comunión creciente con el P, al ser sometido a prueba en las condiciones normales de una vida humana, tanto en la vida laboral como la familiar, la religiosa, etc. Por el relato evangélico sabemos muy bien que Jesús gozaba de una convicción plena desde temprana edad acerca de quién era y para qué había venido (vers. 3).

#### **Su protección providencial.**

Las frases «me cubrió con la sombra de su mano... me guardó en su aljaba», juntamente con el vers. 8, indican que en este período formativo recibió una protección especial, como Lucas 1:35, Salmo 91:11-12 y Apoc. 12:5 también manifiestan. Suponemos que ésta fue retirada durante los tres años de su ministerio público a fin de que el diablo pudiese tentarle cómo y cuando quiso, lo que pondría de manifiesto la perfección del Siervo en toda clase de circunstancias.

#### **Su prueba de paciencia.**

Los vers. 2 y 4 nos dan algunos atisbos en este período de larga espera al que tuvo que ser sometido, cosa absolutamente necesaria si había de estar en condiciones óptimas para vencer al enemigo. Con un poco de imaginación podemos adivinar cómo serían las circunstancias del cotidiano vivir de Jesús en aquellos años de Nazaret. La vida giraría en torno al hogar de José y María, entre numerosos hermanos y hermanas menores (hubo por lo menos seis, que sepamos) y otros parientes, el taller de carpintería con su trabajo variado, el pueblo con su bullicio, la sinagoga, etc. Al morir el padre asumiría él, como hijo mayor, la jefatura del hogar y del negocio, y es de suponer que con el transcurso de los años, envuelto en esta vivencia rutinaria, tendría responsabilidades crecientes. No sabemos si prosperó la carpintería pero es fácil comprender la complicada red de relaciones comerciales y sociales que se establecerían con la numerosa clientela que, seguramente, se compondría de toda clase de personas: labradores, pequeños comerciantes, oficiales romanos, fariseos, algún que otro noble o adinerado, etc.

Cual José, hijo de Jacob, «la palabra de Jehová le probó» (Sal. 106:19) en aquel tiempo –¿y no sería posible suponer que alguna vez el Siervo pensase en términos análogos a lo expresado en el versículo 4?–. Las palabras rezuman confianza en su Dios, en cuyas manos descansa su «causa», pero a la vez reflejan cierta perplejidad al ir pasando los años y no ver ninguna señal todavía del momento de la dedicación total al ministerio que había de realizar. Cuántas veces no se preguntaría Jesús, quizás después de un día difícil de tratar con clientes tacaños o aprovechados y de haber perdido horas yendo de un sitio para otro infructuosamente: ¿es por esto que estoy aquí, para cobrar facturas o establecer condiciones de pago con los que no pueden o no quieren pagar, o fabricar muebles bonitos para aquellos que no les interesa en absoluto a mi Dios, o construir alguna casa de veraneo para algún potentado romano, herodiano o publicano, que no piensan en otra cosa que robar a mi pueblo? En aquellos años, y no sólo después, Jesús hubo de ser tentado en todo según nuestra semejanza pero, gracias a Dios, sin caer nunca en la trampa diabólica del pecado. Sabía que todo eso era necesario pasarlo para que, como Hijo que era, «aprendiese la obediencia» (Hebr. 5:9). No hemos de pensar que todo le era absolutamente fácil; necesitó ser «perfeccionado por las cosas que sufrió», tanto antes como después de su salida al ministerio público.

### **La revelación creciente de la voluntad divina.**

El tema del crecimiento físico – mental del Siervo es apasionante, pero aquí sólo podemos notar los rasgos más relevantes. Es de suponer que los acontecimientos que rodearon su concepción y nacimiento le serían contados después por sus padres cuando llegase a la edad de comprenderlos: el doble anuncio angelical, tanto a José como a María, del Nombre que había de llevar y el propósito de su Venida al mundo (en la medida que ellos lo habían entendido), su linaje davídico y una creciente revelación mediante las Escrituras en la comunión constante con su Padre. Leemos aquí del nombre de «Israel» que se le aplica, del propósito divino de restaurar al pueblo por su medio (vers. 5), y de alcanzar a los gentiles (vers. 6). Él es en sí mismo la salvación y el pacto (vers. 6 y 8), aunque los vers. 8 y ss delatan por primera vez, en la serie de canciones, la oposición que se levantaría a su gestión. Los términos mesiánicos del resto de los versículos, desde el 8 en adelante, son inconfundibles. Aunque los Evangelios no revelan más acerca de aquellos «años escondidos», es evidente por el único incidente que descubre el velo por unos instantes –cuando tenía doce años– que Jesús sabía quién era y para qué había venido (sin que esto implique un conocimiento de todos los detalles todavía).

### **Su poder. Vers. 5b.**

Vemos una plena identificación entre el Siervo y su Dios, el cual le fortaleció en la larga prueba. «Dios mío es mi fuerza» dice; sólo el Padre podría darle la gracia y el poder suficientes para soportar y sacar provecho de aquellos treinta años de aprendizaje. Y todo esto nos proporciona precisas lecciones para el servicio cristiano en pos del Siervo que comentaremos al final de la tercera canción.

## **LA TERCERA CANCIÓN: EL SIERVO EN LA ESCUELA DE DIOS.**

### **Isaías 50: 4 – 11.**

En esta canción encontramos al Siervo ejerciendo por fin su ministerio público, pero se ha de notar que éste se ve mayormente desde dentro, en el marco de la íntima comunión que mantenía con el Padre. Es digno de notar, además, la reiteración (cuatro veces) del título «Jehová el Señor» subrayando el hecho de que el Siervo se encuentra bajo sus órdenes, no pudiendo «hacer nada por sí mismo», sino dependiente de todo lo que «veía hacer al Padre» (Juan 5:19).

#### **El aprendizaje y el discipulado del Siervo. Vers. 4.**

El aprendizaje del Siervo no terminó con su Bautismo y la derrota de Satanás en la Tentación al principio de su ministerio, sino que siguió a través de los restantes años de su vida. Notemos, además, que las lecciones de la «escuela de Dios» se impartían a diario a fin de que supiese qué palabras dar al cansado (moral y espiritualmente hablando) en cada ocasión. La vida del hombre, aún antes del pecado, estaba sabiamente ordenada por el Creador en ciclos de 24 horas y no había de ser de otra manera para su Hijo (véase Salmo 90:12, 14). Cada mañana recibía sus órdenes porque el hombre verdaderamente sabio es aquel que, reconociendo su ignorancia, se dispone a recibir atento de quién puede darle las cosas que necesita saber y que más tarde habrá de transmitir a otros. Hemos de desterrar toda idea de una especie de automatismo en el caso de nuestro Señor Jesucristo, como si no tuviese ninguna necesidad de aprender. Al contrario Él, **más que nadie**, estaba completamente abierto al Padre y al Espíritu para recibir todo lo que el trino Dios le quería dar para las exigencias de cada día de su ministerio. Tenía que ejercer fe (por eso se le llama el Autor y Consumador de ella en Hebreos 12:2) continuamente, aceptando la autolimitación que había asumido voluntaria y deliberadamente en su Encarnación. La segunda Persona de la Trinidad no necesitaba que nadie le enseñase nada, pero al llegar a ser el Verbo encarnado aceptó las limitaciones de su condición humana con todas las consecuencias. De otra manera no había podido ser nuestro representante y sumo sacerdote compasivo, apto para comprender toda nuestra situación. La grandeza del Siervo, pues, no estriba solamente en lo que hace sino en lo que **aprendió a hacer** bajo la amorosa tutela del Padre.

#### **La entrega absoluta del Siervo a Dios. Vers. 5 y 6ª.**

Aquí encontramos la verdadera «pobreza de espíritu» que sobre las demás cosas Jesús quiso ver reflejada en las vidas de los que le seguían (Mateo 5:3). Por medio de la figura del esclavo que «no quiere salir libre» porque ama a su amo y a su familia (véase Éxodo 21:1-6 y Hebreos 10:5-7), el Siervo se consagra sin reservas al servicio de su Dueño celestial; se deja **clavar** al poste de la casa del Amo («abrir el oído» = horadar la oreja), marcado para siempre por el amor. No se rebeló ni volvió atrás; se entregó por completo a su magna tarea a pesar de toda la oposición, la indiferencia y la incompreensión de los que le rodearon.

#### **La mansedumbre del Siervo. Vers. 6.**

El ver. 6 ilustra la **manera** en que el Siervo se portó frente a los hombres al hacer esa entrega absoluta: involucró la mansedumbre más pura delante del desprecio y la burla cruel de sus adversarios. Dijeron de Él cosas terribles acusándole de ser «bebedor de vino», «loco», «amigo de publicanos y pecadores», «pecador», «no de Dios», «impostor», «engañador», «revolucionario», «endemoniado», etc., y en las últimas escenas de su vida apareció la crueldad física también. Pero Él no replicó sino que, en las palabras del apóstol Pedro «encomendó su causa al que juzga justamente» (1 Pedro 2:24-25).

#### **El tesón del Siervo. Vers. 7.**

En Luc. 9:51 y Mat. 10:32 podemos observar estas cualidades. No hubo temor del hombre en Él; todo lo que hacía obedecía a la necesidad de agradar ante todo a su Padre, ocurriese lo que ocurriese. Sabía que podía contar con su gracia para cada circunstancia y que Él no le avergonzaría nunca (vers. 7), y por eso «puso su rostro como el pedernal».

#### **La confianza y el denuedo del Siervo. Vers. 7 – 9.**

Como la confianza absoluta en el amor y la fidelidad del Señor a sus promesas es uno de los rasgos más característicos del Nuevo Pacto, es comprensible que se viera de forma destacada en Aquel cuya Obra trae ese Pacto: el gran Siervo de Jehová que confía plenamente en su Dios a pesar de toda la oposición levantada en su contra (vers. 8 – 9). Sabe que habría siempre «oportuno socorro» (gracia); sabe que cuenta con la **presencia** del Padre (véase Juan 16.32-33); sabe también que éste le vindicará por la Resurrección (1 Tim. 3:16). Los veredictos humanos habían de ser trastocados por aquel magno acontecimiento y la Ascensión, y anulados en cuanto a sus efectos entre los hombres por el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés. Esperan todavía su manifestación pública en la Segunda Venida y el Juicio Final, pero su cumplimiento es seguro. Y todo aquel que se opone al Siervo no podrá tener éxito; su aparente poder desvanecerá, vendrá a nada (vers. 9).

#### **El reto de Dios. Vers. 10 – 11.**

Frente a la contemplación de la figura del gran Siervo en estas dos canciones no podemos quedar indiferentes porque Dios nos lanza un reto en el vers. 10 a cuantos nos preciamos de ser siervos suyos y seguidores del Maestro. Ya hemos visto que el Siervo temía a Dios (le reverenciaba, le colocaba en primer lugar para agradecerle ante todo); este temor es el «principio de la sabiduría» verdadera. Como fue en su caso la senda del servicio es a menudo oscura y difícil, requiriendo de cada uno esa misma confianza que Él mostró aún cuando no podamos ver claramente muchas cosas. Dice el salmista que «el Nombre de Jehová es una torre fuerte» en la que hallan refugio los justos porque se apoyan en su carácter fiel y así siguen adelante. Lo opuesto – apoyarse en los recursos humanos– se ve en el vers. 11 llevando al más completo fracaso y a la perdición en aquellos que sólo son siervos de nombre, y a la pérdida de su recompensa en el caso de creyentes inconsecuentes.

### **Conclusión.**

Podemos terminar con una pregunta: ¿por qué se coloca este reto aquí precisamente y no al final de la última canción? Creemos que la razón de ello estriba en que hay una distinción clara entre la descripción del ministerio del Siervo en las primeras tres canciones, que son **ejemplares** para todo siervo de Dios, y la Obra maravillosa de expiación y justificación descrita en la cuarta que es **vicaria** y en la que no podemos tomar parte nadie.

Haremos bien en recordar las líneas maestras del servicio que Dios espera de los suyos. Ha de partir de un llamamiento y una elección divina que da convicción y un sentido de propósito a cuanto hagamos. Ha de haber una sumisión a, y una dependencia total de Dios al pasar por las distintas etapas de su escuela. Asimismo, una comunión íntima que permite la revelación constante y creciente de su voluntad, y una confianza total en lo que Él quiere y puede hacer en y por medio nuestro, sea cuál sea la oposición o la dificultad que pueda haber. Y si añadimos a todo esto el amor acendrado que ha de caracterizar cuanto hagamos, tanto a Dios como a los hombres, tenemos todos los elementos necesarios para completar el cuadro del siervo que se asemeja a su Señor.

## **LA CUARTA CANCIÓN: EL SACRIFICIO Y LA EXALTACIÓN DEL SIERVO.**

**Isaías 52: 13 – 53:12.**

### **INTRODUCCIÓN.**

#### **Consideraciones generales.**

Con esta canción alcanzamos la cima de la profecía mesiánica en el Antiguo Testamento. Es sin duda una de las porciones más conocidas y amadas de toda la Biblia por los cristianos, por la claridad del retrato que hay en ella del Mesías, nuestro Señor Jesucristo, tema de las demás canciones también. Pero es preciso constatar que ha llegado a ser algo muy distinto para la mayoría de los judíos quienes no creen que se trata de Jesús de Nazaret sino de su pueblo a lo largo de los siglos, maltratado y perseguido por sus enemigos, sobre los cuales ha de triunfar un día. Y como la controversia sigue tan polémica hoy en día es necesario que, antes de examinar su contenido, veamos algo sobre la historia de su interpretación para investigar el origen del debate.

#### **Un breve resumen histórico de la interpretación en Isaías 53.**

El interrogante que formuló el eunuco en Hechos 8:34 nos enfrenta con el enigma que salta a la vista cuando se lee la canción: «¿de quién dice el profeta esto: de sí mismo o de algún otro?». El Siervo sufriente tiene todos los trazos del retrato de un personaje, pero como vemos muchos le consideran un personaje colectivo –la nación de Israel– y hoy día es esta interpretación la que prevalece entre los rabinos y algunos eruditos protestantes.

Por muchos siglos los judíos la interpretaban del Mesías que esperaban (todavía unos pocos judíos ortodoxos creen esto); de hecho, antes de la Venida de Cristo, en el siglo II a.C., podemos encontrar interpretaciones rabínicas muy colaras a este respecto. Algunos insertaban el título «Mesías» después de «...mi Siervo...» en 52:13, igual que en 42:1, mientras que en el Talmud babilónico del siglo VI después de Cristo se



refiere al Mesías como «el leproso», porque «llevó nuestras enfermedades» (53:4). Se puede afirmar que, con muy pocas excepciones, la interpretación mesiánica fue unánime en esta primera época.

Pero en el siglo XI d.C. hubo un cambio, resultado en buena parte de las terribles persecuciones desatadas sobre los judíos por las huestes cristianas que volvían enardecidas de la primera Cruzada. En Francia, Italia y Alemania los odiados «asesinos de Cristo» fueron masacrados sin piedad, sus casas saqueadas y entregadas a las llamas, perpetrándose a menudo los más terribles excesos por instigación de la jerarquía cristiana. Las matanzas antisemitas proseguirían durante dos siglos siendo para el pueblo judío de aquella generación una experiencia tan traumática como el exterminio nazi de nuestra época.

Ya que los cristianos empleaban este pasaje como una de las bases principales para justificar su conducta persecutoria, los rabinos judíos se vieron obligados a buscarle otro sentido y desde este momento en adelante el debate se volvió agrio y «caliente». Pero hubo otra razón importante para este cambio de interpretación entre los judíos: el hecho de que miles de ellos se convirtieran al Evangelio. Algunos seguramente pasaron a las filas cristianas huyendo de la persecución, pero otros muchos por convencimiento propio; así los maestros de Israel, temiendo una desertión mayor, se esforzaban cada vez más a combatir los argumentos cristianos. Hasta tal punto fue necesario esto que los pocos rabinos que seguían manteniendo la interpretación mesiánica clásica tuvieron que identificar al Siervo con algún profeta como Jeremías, Isaías o aún el rey Ezequías, y hubo algunos que hasta lo aplicaban a cualquier persona que sufría inocentemente.

Tampoco hubo unanimidad entre aquellos que seguían defendiendo la tesis clásica acerca de un Mesías que todavía estaba por venir. Muchos se daban cuenta de las aparentes contradicciones o elementos divergentes en las profecías; unos discernieron un Mesías sufriente en las últimas dos canciones; otros enfatizaban más bien que el Mesías triunfaría sobre todos los enemigos de Israel, subyugando a las naciones rebeldes para establecer su reino. Para resolver la contradicción se inventó la teoría de dos Mesías: el que sufre, llamado Mesías ben Josef, que había de morir en batalla contra Edom (figura del Imperio romano según ellos), y el que triunfa Mesías ben David. Pero tal invento no satisfacía a muchos por lo que se intentó reconciliar las dos facetas contradictorias postulando que el Mesías triunfador había de sufrir de nuevo en cada generación por los pecados de sus contemporáneos. Hubo otros intentos de resolver el enigma evitando la «solución» cristiana, a cual más ingenioso, pero no convencieron a la inmensa mayoría del pueblo judío. Otros esquivaban el problema completamente diciendo que el enigma se resolvería ¡cuando viniera el profeta Elías! (Malaquías 4).

### **La interpretación no mesiánica.**

Fue el rabino Rashi y sus seguidores, en los siglos XI y XII, que promovieron esta nueva interpretación, siendo formulada muy claramente en España por el rabino sefardí Isaac Abarbanel en el siglo XV. Con el tiempo fue esta interpretación la que se impuso aunque no sin la decidida oposición de unos pocos rabinos distinguidos quienes insistían que –al margen de la interpretación cristiana– la interpretación no-mesiánica aplicada a Israel como nación era forzada, haciendo violencia al sentido llano y literal del texto. En los tiempos modernos algunos eruditos protestantes liberales, a veces por deferencia a sus amigos judíos, se han solidarizado con los que rechazan la interpretación mesiánica ganando para sí mismos el calificativo no muy halagüeño de «los rabinos incircuncisos».

Es preciso recordar que los argumentos judíos en contra de la identificación del personaje de la canción con Jesús de Nazaret se basan generalmente en una falta de comprensión de la doctrina de la Encarnación (es decir, que Jesús era a la vez hombre y Dios). No tenía cabida en el fuerte monoteísmo de ellos la idea de que el Dios del cielo, Creador de todo, Jehová de la historia y de la eternidad, pudiera hacerse hombre y hasta morir en una cruz. Objetan que Dios no puede ser un siervo como el de la canción, que no se puede hablar de su exaltación si Él siempre está enaltecido, que si el Mesías es Dios, cómo es posible que Él pueda ser afligido por sí mismo o que pueda morir y ser sepultado, etc. Pero por otra parte la interpretación colectiva rezuma un tremendo engrimiento por parte de los judíos. Afirman que ellos siempre han sido víctimas inocentes, que han sufrido injustamente a manos de otros y que un día serán las naciones gentiles que confesarán que han menospreciado al «Siervo justo» (ellos).

### **La interpretación mesiánica.**

¿Cuáles son pues las razones principales que apuntan a esta interpretación? Podemos decir que:

1.- Como en el caso de las otras tres canciones es evidente que se está hablando de un individuo, por los pronombres en singular que se emplean y las experiencias concretas que sufre. Las referencias a su «parecer», a sus padecimientos físicos («traspasado»), a su juicio y sepultura y a los detalles de su pasión, no pueden aplicarse a la nación de Israel sin un ejercicio abundante de fantasía, sustituyendo el sentido llano de las palabras

por una especie de alegorización de la que fueron expertos muchos eruditos, tanto judíos como cristianos, pero que hace violencia al texto.

2.- El retrato del Siervo aquí es irreconciliable con lo que el profeta manifiesta acerca de la rebelde Israel, en tantas de sus denuncias fuertes (Isaías 24:18-20 y 42:24 con 53:7). Nunca se han destacado, además, los judíos por una actitud mansa y sumisa ante sus perseguidores, pero desde principio a fin el Siervo sufre en silencio «encomendando su causa al que juzga justamente» (1 Pedro 2:24).

3.- Es elocuente el hecho de que se excluye este pasaje de las Haftorahs o lecturas litúrgicas del sábado. Algunos han llamado a Isaías 53 el «capítulo secreto» por esta razón, o «la conciencia culpable de la sinagoga».

4.- El rabino Moshe Cohen ibn Crispín fue quien enunció más claramente la interpretación mesiánica clásica del pasaje, y ponemos fin a esta parte del estudio con una cita suya: «por orden divino esta profecía fue dada por medio de Isaías, a fin de darnos a conocer algo acerca de la naturaleza del Mesías que ha de venir, el que vendrá y librá a Israel... para que si alguien se levantase afirmando que él era el Mesías, pudiésemos reflexionar y comprobar si se puede observar en él alguna semejanza con los rasgos aquí descritos. Si la hay, podemos creer que se trata del Mesías nuestra Justicia, pero si no, no lo podemos aceptar».

### **La importancia de la canción.**

Como ya anticipamos en los estudios anteriores, la cuarta canción pone los toques finales, el detalle fino, al maravilloso retrato del Siervo sufriente de Jehová. Al mismo tiempo nos permite comprender cómo lleva a cabo la Obra anunciada antes, constituyendo la cumbre de la revelación mesiánica en el Antiguo Testamento y proveyendo un claro enlace – puente con el Nuevo. Ya hemos mencionado la abundancia de citas tomadas de esta canción en el Nuevo Testamento, todas las cuales giran en torno a la identificación del Siervo con Jesucristo. Es interesante notar que mucho del vocabulario teológico novotestamentario acerca del pecado y de la Obra de la expiación en sus varias facetas, se encuentra concentrado aquí, habiendo pasado al griego a través de la Versión Septuaginta. Conceptos como la «culpa», «iniquidad», «transgresión», «llevar el pecado», y la «sustitución», la «justificación», etc., se reiteran una y otra vez para luego ser desarrollados en las epístolas. Otro factor que presta una indudable importancia a la canción es su amplia temática: hallamos referencias a la Resurrección y Exaltación del Siervo, el Plan de Dios, la nueva familia de Dios, la Obra de juicio, etc. También nos depara una ilustración excelente de la llamada perspectiva profética; contiene profecías que ya se han cumplido y otras que esperan todavía su cumplimiento en la Segunda Venida del Señor.

### **La forma y el análisis de la canción.**

Al contrario que las otras tres, esta canción está claramente delimitada y muy bien estructurada poéticamente. Se compone de cinco estrofas de tres versículos cada una, y está escrita en poesía, no en prosa (este hecho no puede deducirse de la traducción Reina Valera, pero sí en versiones más modernas como la Biblia de Jerusalén, la Nueva Biblia Española o la Moderna). Su construcción poética se ha confirmado por los rollos de Isaías encontrados en las cuevas de Qumran.

En la primera y quinta estrofas es Jehová quien habla; en las tres restantes, el profeta, en nombre del «remanente fiel» quien, por fin, ha comprendido quién es el Siervo y qué ha hecho por ellos. La primera sirve de prólogo, anticipando y resumiendo los temas más importantes tratados en las demás estrofas. La segunda y tercera se relacionan, siendo aquélla una descripción de los hechos, y la tercera la explicación espiritual de ellos. Pasa algo parecido en la cuarta y quinta estrofas: la primera describe la situación física exterior, y la segunda su significado interior. Damos a continuación un breve análisis de la estructura de la canción, dejando el examen detallado de su contenido para la próxima sección.

Estrofa 1: La exaltación del Siervo por medio del sufrimiento, 52:13-15.

Estrofa 2: La humillación y el rechazamiento del Siervo por los suyos, 53:1-3.

Estrofa 3: Los sufrimientos vicarios del Siervo, 53:4-6.

Estrofa 4: La historia profética de la Pasión, 53:7-9.

Estrofa 5: El triunfo del Siervo por medio de la muerte, 53:10-12.

#### **Estrofa 1 (52:13-15): La exaltación del Siervo por medio del sufrimiento.**

Como indicamos arriba, esta estrofa constituye una especie de prólogo a la canción, resumiendo los temas principales que giran alrededor de las dos experiencias claves que se postulan del Mesías en el Nuevo Testamento: la **gloria** y los **sufrimientos**, siendo éstos el medio por el que llega a aquélla. Al igual que en la primera canción, subrayando el carácter trascendente del pasaje, es Jehová mismo quien habla; de esta manera

lo que el Dios soberano introduce y describe en líneas generales en 42:1-4, lo confirma y lo rubrica aquí, cerrando así el pequeño ciclo de profecías con inusitada solemnidad.

Vemos, pues, en esta estrofa introductoria la plena aprobación que Jehová da a su Siervo por haber cumplido a la perfección toda su voluntad. Por eso comienza con las alturas de su exaltación, la cumbre y recompensa de su Obra. Le anuncia «prosperidad», que indica su pleno éxito en la tarea difícil que le fue asignada, frase que en la Versión Moderna es traducida como «se portará sabiamente», igual que se dice del Mesías venidero. Algunos han querido ver en las tres frases siguientes unos matices ligeramente diferenciados que podrían referirse a la **Resurrección** —«será engrandecido» (el mismo verbo que 6:1), la **Ascensión** —«será exaltado»— y la **Sesión a la diestra de Dios** —«será puesto muy en alto»— pero siguiendo el criterio cualificado del hebraísta Buksbazen preferimos ver en ellas un caso de paralelismo hebreo que refuerza una primera afirmación añadiendo unos conceptos parecidos. Notemos que los verbos reflejan el modo pasivo, ya que no toca al Siervo tomar la iniciativa de este enaltecimiento; compete sólo al Padre, igual que en Filipenses 2:10-11 y Efesios 1:20-23, etc.

El versículo siguiente enfoca la luz sobre los sufrimientos del Siervo introduciendo en unas frases, breves pero densas, la nota que más se destacará en el resto de la canción: los padecimientos del Siervo, y éstos como si aconteciesen en un escenario contemplado por toda la humanidad. La intensidad de la experiencia es tan grande que hasta su fisonomía es cambiada, recordándonos las palabras escalofriantes que pronunció el salmista en 22:3 «...pero yo soy gusano y no hombre». La gente, al verlo, «se espantan» o «se horrorizan» (la idea de un simple asombro es demasiado débil para reflejar la palabra hebrea), aunque seguramente esta reacción fuerte no tiene que ver sólo con la apariencia externa del Siervo, sino con la comprensión por su parte de quién es y para qué sufrió tanto. Otros han padecido y han sido desfigurados mucho más que Él en cuanto a daños físicos, pero nadie como Él en el plano espiritual y moral, al ser «hecho pecado» por los hombres. De ahí la veracidad del versículo 14.

En el versículo 15 la traducción correcta es «rociará», no «asombrará»; es la misma palabra que se emplea en Levítico 4:6; 8:11 y 14:7 para diversos rociamientos de limpieza ceremonial. La quinta estrofa aclarará el sentido espiritual, que se trata de la expiación del pecado, que alcanza así a los «muchos». El resto del versículo trata del impacto causado por su Persona y Obra y la fuerza convincente de su mensaje. Los grandes líderes de la tierra serán silenciados delante de Él, exaltado como Rey de reyes y Señor de señores, Juez supremo ante quién están todos llamados a comparecer (compárese con 49:7). En aquel momento solemne de juicio los valores humanos, que descansan tanto en la fama, la fuerza y las riquezas, serán trastocados, manifestándose las cosas tal cual son, según el valor que les asigna Dios y no el hombre (compárese con 1 Corintios 1:25 y siguientes; Jeremías 9:23-25).

Es interesante ver que el apóstol Pablo cita la segunda parte del versículo 15 en Romanos 15:21, aplicándola fuera de contexto a la predicación universal del Evangelio. Por supuesto, la aplicación —y máxime siendo un apóstol quien lo hace— es legítima, ya que Pablo discierne el impacto total del mensaje contenido en la Persona y Obra del Siervo, no solamente su efecto en el día del juicio.

## **Estrofa 2 (53:1-3): La humillación y el rechazamiento del Siervo por los suyos.**

Otro expositor titula esta estrofa «la confesión de un pueblo penitente», el cual nos sirve como un buen subtítulo, puesto que es el profeta que aquí habla en nombre del «resto fiel», quienes reconocen su falta de discernimiento y rebeldía frente a su Mesías.

Nótese cómo en el versículo 1 hallamos un hermoso caso del paralelismo sinónimo: el anuncio profético acerca del Mesías equivale a la revelación poderosa de Jehová que ha de recibirse por la fe. Porque no se trata de unas palabras meramente, sino de los **hechos salvíficos** de Dios manifestados en la historia en la Persona y Obra del Salvador (compárese con Juan 12:38 y Romanos 10:16). En el versículo 2 se vuelve atrás por un momento a la situación de la segunda canción, para recordar toda la trayectoria terrenal del Mesías; de ahí la referencia a su juventud y crecimiento bajo la figura del «pámpano» o «renuevo tierno», que nos recuerda Isaías 4:2; 6:13; 11:1 y 10; Jeremías 23:5, etc. Su lozanía y vida hermosa a los ojos de Dios contrastan netamente con la «tierra seca», la nación de Israel, ya desprovista de su monarquía legítima, desaparecida hace siglos a causa del juicio divino, casi sorda a la voz profética, con un establecimiento sacerdotal más materialista y humanista que espiritual.

Algunos creen ver en las palabras «tierra seca» una referencia al Monte Sión, que en hebreo significa «cerro seco», sugiriendo que aparte del rey legítimo que tiene su asiento en él (Salmo 2), aquel monte tan glorioso para los salmistas y cronistas de Israel no era más que un lugar sin vida ni fruto para Dios.

También vemos el contraste entre lo que Dios ve en su Siervo y el rechazo de que es objeto por parte de los hombres, que no vieron en Él nada de los atractivos humanos que tanto destacan en los grandes del mundo. Poderío militar, pompa, riquezas y la fama que los suele acompañar, tan preciados por el mundo, estaban ausentes por completo en el humilde carpintero de Nazaret, por lo que no le hicieron caso. Era despreciado asimismo por los «grandes» (traducción más exacta de «hombres» en el versículo 3), y más cuando le vieron padecer tanto, un hecho que repugnaba –y sigue repugnando– al judío, que no puede aceptar la idea de un Mesías que sufre. Es el escándalo de la Cruz del que habló Pablo en 1 Corintios 1:23.

La descripción «varón de dolores y que sabe de padecimientos» (o «quebrantos») del versículo 3 habla de lo que sufrió por el contacto de su alma perfecta con el pecado de los hombres, en el curso del roce diario con ellos y luego como su Sustituto en la Cruz. Por siglos los judíos no quisieron mencionar siquiera el nombre de Jesús, tal era la repugnancia que sus pretensiones y sufrimientos despertaba en ellos; lo cambiaron de «Yeshua» a «Yeshu», cuyos iniciales significan «Que su nombre y memoria serán borrados para siempre». Aquí los integrantes del Resto fiel se acusan a sí mismos por este desprecio y rechazamiento para luego pasar a reconocer el por qué de tales aflicciones en la estrofa siguiente.

### **Estrofa 3 (53:4-6): Los sufrimientos vicarios del Siervo.**

Como indicamos arriba, continúa la confesión del Resto fiel penitente, adentrándose ya en el significado espiritual de los padecimientos del Siervo. El tema principal es la **sustitución**, que se lleva a cabo por la íntima identificación del que sufre con los suyos. La palabra «nasa» (llevar) se usa en relación con los sacrificios de expiación (véanse el versículo 11 y Levítico 5:1, 17; 16:22; 20:19, 20 y Juan 1:29). Tanto los sufrimientos espirituales como los físicos, consecuencia de su total identificación con la raza como víctima expiatoria, se expresan en estos versículos, como podemos comprobar por las citas de Mateo 8:17 y 1 Pedro 2:25. Las palabras tan gráficas que se emplean –cuya exposición tan detallada rebasa los límites de esta exposición– son muy elocuentes: los judíos consideraban que merecía el castigo (azotamiento) recibido porque era un «leproso» (herido, magullado) que había cometido un crimen nefando, como muchos escritos judaicos afirmaban en la Edad Media.

Hay todo un doble sentido en las palabras del versículo 5: Él fue **traspasado** (u «horadado», nótese la precisión profética en este detalle) porque nosotros **traspasamos** la raya (transgresión); **cayó** sobre Él, le quebrantó o aplastó el peso de nuestras **caídas** fuera del camino de la voluntad divina, y fue **llagado** para curar las **heridas** que el pecado causó en nosotros. También la idea de reconciliación que asoma aquí conlleva la del alejamiento del Él –momentáneamente en la Cruz– para acercarnos a nosotros a Dios, concepto que Pablo desarrolla en Efesios 2:11 y siguientes, y compárese con 1 Pedro 3:18.

La universalidad del alcance del pecado, como la universalidad potencial del Sacrificio se expresan claramente en el versículo 6: la palabra «todos» es enfática en el original y encuentra su paralelo en el concepto de «cada uno... se apartó por su propio camino», que enfatiza la responsabilidad individual.

La tremenda confesión, que va aumentando en intensidad con cada frase, alcanza su punto álgido en la última frase, que resume toda la estrofa: «Jehová cargó sobre Él la iniquidad (el vivir sin ley, en rebeldía constante) de todos nosotros». Nótese que se usa el singular con el artículo definido «la iniquidad», para indicar la raíz del mal. Cristo no sólo llevó nuestros **pecados** (los frutos) sino el **pecado**, la raíz, la naturaleza pecaminosa, producto de la Caída, sobre Sí mismo en la Cruz.

### **Estrofa 4 (53:7-9): La historia profética de la Pasión.**

Otra vez encontramos la primera de dos estrofas complementarias; ésta describe los acontecimientos desde fuera, mientras la siguiente consigna su hondo significado. En unas frases lapidarias el profeta hace pasar ante nosotros las escenas de la Pasión y Muerte del Siervo. Vemos su comportamiento ejemplar en el versículo 7, como Cordero manso, hecho que llamó la atención al eunuco etíope (Hechos 8:32) y que el apóstol exhorta a seguir (1 Pedro 2:22 y siguientes); asimismo la terrible injusticia que se le hizo al ser «cortado» (por una muerte violenta y prematura) de la tierra, como un renuevo antes de tiempo, en el versículo 8. La frase «hecho maldición por ellos» (V. Moderna) recuerda Gálatas 3:13; es muy probable que Pablo discernió esta verdad más claramente por medio de este versículo.

En el versículo 9 hay un vaticinio asombroso de su colocación en el sepulcro de un «hombre rico» (nótese la traducción más exacta de la V. Moderna), a pesar de haber sido destinado a la fosa común de los criminales. En toda la estrofa es digno de notar el cuidado exquisito con que el profeta, bajo inspiración divina, puntualiza que pese a todo lo que hicieron y sentenciaron los hombres, Él se entregó a sí mismo, nadie le obligó («fue oprimido, pero Él mismo se humilló o se sometió»), sufriendo sin causa como Víctima perfecta.

Nunca se pudo atribuir tal actitud a Israel, la nación – siervo, como algunos pretenden; siempre se ha defendido con violencia y con protestas vivas contra la opresión a la que se le ha sometido periódicamente, cuando ha podido. Postular que se trate de la nación aquí es absurdo. Además, los detalles del proceso judicial y del enterramiento son tan precisos que es imposible interpretarlos de la nación judía sin alegorizarlos de un modo ridículo. En realidad sólo pueden atribuirse a una Persona, pese a los esfuerzos judíos por negarlo.

### **Estrofa 5 (53:10-12): El triunfo del Siervo por medio de la muerte.**

En esta última sección de la canción se vuelve a la nota del principio porque Jehová habla de «mi Siervo» (vers. 11), dando una explicación del enigma que arrojan los sucesos de la estrofa anterior. Indica que fue por la expresa voluntad de Dios trino que el Siervo padeció. Fue «entregado por determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios», dijo Pedro en Pentecostés, y éste es el énfasis aquí. La ofrenda de expiación se refiere concretamente a la de la culpa de Levítico 5:15; comporta el concepto de la plena satisfacción por cualquier ofensa demandada por un Dios justo. De nuevo se distingue entre «el pecado» (culpa) de la raza en bloque (versículos 10 y 12) y las «inquietudes» de los muchos que son beneficiarios de su Obra. También notamos la justificación por medio de conocerle a Él (se sobreentiende como Señor, Salvador y Sustituto), enfatizando además otra vez que Él fue justo (versículo 11, compárese con 1 Pedro 3:18).

Pero el énfasis principal de la estrofa es el pleno **triunfo** del Siervo a través de su muerte, concepto extraño si se aplicase a cualquier otra persona. Sólo Él ha dado su vida por sus enemigos y ganado el máximo laurel en la cruel lid de la Cruz. Por esto Jehová habla de su **Resurrección** y la **vida eterna** («prolongará sus días»), de la creación de todo un linaje de hijos (la «cosecha de la Cruz» como alguien los ha llamado), y el cumplimiento pleno de todos los propósitos divinos en sus manos. Y al contemplar las consecuencias tan extensas de su sufrimiento, lo dará todo por bien empleado: «será saciado» (o satisfecho).

El expositor Buksbazen cree que la idea de «llevar las iniquidades de ellos» del versículo 11, colocada después de la referencia a la Resurrección, y teniendo en cuenta su intercesión por los pecados del versículo 12, se refiere primordialmente a la Obra mediadora desde la diestra de Dios, es decir, su obra Sumosacerdotal. Esta interpretación es posible, pero es más probable que se trate de su Obra expiatoria, ya que las tres palabras principales empleadas (llevas, pecados, iniquidades) aparecen textualmente en Levítico 16:22. Pero en realidad, aunque no se refiera en primer término a la obra sumosacerdotal de Cristo, la abarca indirectamente puesto que es sobre la base de la expiación que Él puede realizar todo lo que hace ahora a favor de su pueblo, como nos enseña claramente el escritor de Hebreos.

Al hablar de su victoria bajo la figura del reparto de un botín (vers. 12) surge la pregunta inevitable: ¿quiénes son los «muchos» y «numerosos» (nótese la traducción más exacta y el paralelismo acumulativo) con los que Él reparte los despojos, y a qué se refiere la porción mencionada? ¿Es que hay otros que han tomado parte en la batalla y merecen una parte del botín? La contestación se halla en pasajes como el Salmo 68:18 y comentado por Pablo en Efesios 4:8-10. Hay un solo Vencedor, Cristo, pero a raíz de su triunfo habiendo hecho muchos cautivos, da dones a los que pasan a servir en sus filas. Porque Él derramó su todo hasta la muerte –su vida de infinito valor en la Cruz–, puede ahora derramar sobre cuantos se rinden ante Él los resultados abundantes de vida que surgen de su victoria; acontecimiento que tuvo lugar en Pentecostés, en el descenso del Espíritu Santo.

La canción termina sobre esta nota de victoria total, enfatizando que sobre todo el poder del infierno que había arrastrado a los hombres a la rebeldía, la transgresión y la ofensa, triunfa la entrega absoluta y Resurrección del Justo, junto con la Venida del cielo del Espíritu Santo (sobreentendida) que dotó a la raza de todos los recursos poderosos de la humanidad glorificada del Hijo. La nota final, asimismo, es sencillamente conmovedora, al recordar la falta total de egoísmo que manifestó el Siervo cuando en medio de dolores espantosos piensa en sus verdugos e intercede por su perdón. Y este rasgo anticipatorio de su presente Obra sumosacerdotal a la diestra de Aquel que «vive para siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7:25), redondea hermosamente todo el retrato del gran protagonista que hemos ido contemplando en las cuatro canciones.

Ponemos fin al comentario sobre esta maravillosa porción de las Escrituras con una cita elocuente del gran expositor Delitzch, que resume en unas frases incisivas las paradojas gloriosas de la canción: «el Siervo de Jehová pasa por el oprobio y la vergüenza para llegar a la gloria, y por la muerte a fin de vivir para siempre. Triunfa por medio de la entrega de sí mismo; gobierna después de servir como esclavo; vive después de muerto; cumple su Obra luego de haber sido anulado aparentemente. Su gloria resplandece sobre las sombras de la humillación más profunda». Que el Señor nos ayude a nosotros, no sólo a contemplarle extasiados sino a seguirle fielmente, mostrando los mismos rasgos del servicio a Dios que vemos en el Cristo de Dios. Para eso mismo nos ha llamado a nosotros.

# LA EXHORTACIÓN DE DESPEDIDA DE CRISTO Y SU PROMESA DE VICTORIA<sup>1</sup>. David Gooding.

«Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré en alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre ... Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:25-33).

Como ocurre en el caso de cualquier escuela buena y eficiente, así también ocurre en la escuela de Cristo: la última lección fue dedicada al resumen de aquello que los discípulos tenían que asimilar y recordar. En lo que se refiere a gran parte de los detalles, el Espíritu Santo se lo podría traer a la memoria más adelante; pero había dos hechos esenciales en todo aquello que Cristo les había enseñado que era necesario resumir ahora mismo, grabándolos en su memoria y en su entendimiento.

## La enseñanza esencial en torno al Padre.

«Estas cosas os he hablado...», dice Cristo, y la palabra que emplea a continuación se ha traducido de diversas maneras. Algunos la han traducido por «proverbios», otros por «parábolas», otros por «alegorías». Sin embargo en este contexto la traducción correcta sería «enigmáticamente», o «con un lenguaje enigmático». «Estas cosas os he hablado con un lenguaje enigmático», dice Cristo; «la hora viene cuando ya no os hablaré con un lenguaje enigmático, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre».

## La enigmática revelación.

Al repasar la relación de su ministerio público tal como se plasma en los cuatro Evangelios, podemos ver que siempre había cierto enigma en la manera como Cristo hablaba acerca de sí mismo, de su «descenso» desde el cielo, de su relación con el Padre, y especialmente de su muerte y su partida; y no podemos menos que admirar la sabiduría y la gracia divinas que lo llevaron a revelar su relación con el Padre de este modo enigmático y progresivo. No exigió a Pedro, a Andrés o a los demás discípulos que creyesen enseguida, la primera vez que se encontró con ellos, que él, el carpintero de Nazaret, fuese Aquel por quien el universo había sido creado. ¿Cómo podían haber encajado semejante enseñanza en aquel momento?

No, había permitido que escuchasen el testimonio de su precursor, Juan el Bautista, y que luego viesen la humildad y nobleza de su comportamiento. Quedaron impactados por su sabiduría tan evidente y por la autoridad de su enseñanza, sintieron el poder extraño e irresistible del llamado que les llevó a abandonar sus redes de pesca para conseguirlo. Luego descubrieron, a veces por medio de experiencias poco agradables, que él sabía lo que había en el hombre, y no necesitaba que nadie se lo explicase. Había momentos cuando en su presencia experimentaban una terrible santidad, y el pecado, oculto en lugares tan recónditos de su corazón que ni siquiera sabían que estaba allí, quedaba expuesto en toda su suciedad. Sin embargo, al mismo tiempo estaban atónitos ante su pretensión de tener una autoridad para perdonar pecados –y ante su capacidad evidente de usar esta autoridad con gran eficacia– la cual hacía que la gente se maravillase y dijera: «¿quién es éste que tiene el poder de perdonar los pecados? ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios mismo?»

Por supuesto que había realizado muchos milagros asombrosos con un poder evidentemente sobrenatural, los cuales servían, como él mismo explicaba, para demostrar que había sido enviado por el Padre. Sin embargo, Moisés también había realizado milagros, igual que Elías y Eliseo, los cuales demostraban que ellos también habían sido enviados por Dios. Pero ninguno de estos tres jamás había pretendido ser uno con el Padre. ¡Por supuesto que no! ¡Eran judíos cuyo monoteísmo era de lo más estricto! En cuanto a Jesús, en cambio, las palabras que pronunciaba al explicar el significado de sus milagros habían ido mucho más allá que todo lo que habían dicho los antiguos profetas. Cuando el maná comenzó a caer del cielo, como consecuencia de las palabras de Moisés, para dar alimento a los israelitas en el desierto, Moisés no dijo al pueblo: «Yo soy el maná de Vida». Pero cuando Jesús, milagrosamente, multiplicó los panes y los peces y así dio de comer a una gran multitud de personas, después los sorprendió al aseverar: «Yo soy el Pan de Vida descendido del cielo»; y para mucha gente resultó del todo evidente que era así, pues descubrieron que él era capaz de satisfacer el hambre de su alma como nada más lo había hecho.

«Yo soy la Luz del Mundo; yo soy el Buen Pastor; yo soy la Resurrección y la Vida»: de este modo había ido desarrollándose en su mente una cierta comprensión de la identidad de este Hombre; hasta que un día llegó a asumir el mismo personal y temible Nombre de Dios, cuando dijo: «Si no creéis que Yo Soy moriréis en vuestros pecados» (Juan 8:24). Algunos de los judíos que le escuchaban captaron la implicación de sus palabras, le acusaron de blasfemia, y cogieron piedras para apedrearlo. Sin embargo, había otros, incluidos

los discípulos, que no pudieron concebir que la Persona cuya santidad quedaba fuera de toda duda, que había realizado milagros que eran inequívocamente obra de Dios, pudiese hablar con blasfemia. Y en medio de todo esto, mientras observaban a Jesús, el Padre había estado obrando en sus corazones sin que ellos se diesen cuenta de ello, hasta aquel momento cuando Jesús les desafió a que dijeran quién creían que era, y Pedro contestó por todos ellos: «Eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente». Y Jesús dijo: «...no te lo revelé carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16:17).

Si, habían cubierto mucho terreno en el camino hacia la comprensión de la identidad de Jesús. Sin embargo, permanecía el enigma. Ciertamente que habían visto la Nube, símbolo de la presencia de Dios, en el Monte de la Transfiguración, y habían oído la Voz en la Nube que dijo de Jesús: «Este es mi Hijo amado». No obstante, la visión había pasado; y se quedaron perplejos ante la pregunta que se haría cada vez más inquietante: ¿Qué clase de relación tan asombrosa va implícita en esta palabra «Hijo»? Y ¿de qué modo encajaba todo esto con las palabras cada vez más frecuentes con respecto a su muerte, su partida, y su retorno al Padre que lo había enviado?

Cuando, por lo tanto, Jesús les exigió en el Aposento Alto que depositasen en él la misma fe sin límites que habían depositado en Dios, Felipe le pidió que, de una vez, les enseñase al Padre. Y Cristo simplemente le contestó: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿No creéis que el Padre está en mí y yo en el Padre?» El enigma no se había desvanecido todavía. No sucedió ninguna exhibición de la gloria y majestad de Dios; ni siquiera como las que le fue permitido presenciar a Israel: el fuego y los relámpagos en el Monte Sinaí. Y había una razón evidente para ello: una exhibición así les habría resultado aterradora.

En caso de que Jesús, desde el principio, hubiese proclamado y puesto de manifiesto la majestad de su relación esencial con Dios, uno de los principales propósitos de la encarnación se habría frustrado. Puede ser que hubieran caído de rodillas, reconociéndolo como el Creador, en Quien y para Quien fue creado el universo. No obstante, en Cristo, Dios buscaba una relación con los hombres que fuese muy superior a la relación del creador con sus criaturas. Se propuso elevar a sus criaturas. Se propuso elevar a sus criaturas, mediante un nuevo nacimiento «desde arriba», a una relación de hijos adultos con el Padre; dicho nacimiento dependería de que entrasen en una relación íntima con el Hijo. Y la existencia de una relación así dependería, a su vez, de que primero se viesen atraídos hacia él, que se acercasen sin miedo, que fuesen creciendo y ahondando su fe y su comprensión, que dispusiesen en cualquier momento de suficiente conocimiento revelado a cerca de él mismo para que tuviesen cada vez más fe y más amor hacia él, pero que en ningún momento se viesen abrumados por un exceso de revelación que sus propias personalidades se viesen anuladas y no pudiesen actuar libremente como amigos suyos.

Muchas culturas cuentan en su folklore con la historia de un príncipe que se enamora inexplicablemente de una muchacha desgraciada y pobre. Resuelto a ganarla como esposa, abandona el palacio, se viste de ropa ordinaria, se le acerca como un hombre normal y corriente aunque en realidad ocupa un lugar muy superior a ella y es hermoso no únicamente en lo que se refiere a su aspecto, sino también, lo que es mucho más significativo, en su comportamiento y su forma de ser. Este hombre oculta su «majestad» a fin de que ella no le tenga miedo, ni por el contrario, le ame únicamente por su riqueza y la posición que ocupa. Con posterioridad, tras haber conquistado su corazón y cuando ella ha demostrado su lealtad hacia él, poco a poco le va revelando, según relatan estas historias, cada vez más de su riqueza y su majestad hasta llegar el momento glorioso culminante de la boda pública y la posterior coronación.

Así –sin que se trate de ningún cuento de hadas, sino de la realidad histórica– es la historia de la Encarnación del Hijo de Dios al venir a la tierra como verdadero Hombre, sin dejar de ser el Dios Verdadero, a fin de buscarnos para sí mismo. Y ¿qué podemos decir sino: «¡Oh qué glorioso enigma! ¡cuán grande es el misterio de la Deidad! Dios fue manifestado en carne»? (1 Timoteo 3:16).

### **La clara revelación del Padre.**

Sin embargo, esta manera enigmática de hablar, adaptada a su capacidad limitada de comprensión, no duraría para siempre. «La hora viene», dice Cristo, «cuando ya no os hablaré con lenguaje enigmático, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre». Y la hora a la que se refería vino con su muerte, su resurrección y su ascensión.

Su resurrección demostró, con más elocuencia que la que habría sido posible mediante las palabras, que él era «el Hijo de Dios con poder» (Romanos 1:14).

Su resurrección también demostró que la cruz no había sido ningún accidente ni ningún desastre, y que era perfectamente consecuente con el Ser y el carácter de Dios. De hecho constituyó la expresión más clara del corazón de Dios que jamás se había producido a lo largo de toda la historia de la humanidad. El

Acontecimiento Central del tiempo y de la eternidad, planeado por el consejo y por la presciencia de Dios desde antes de la fundación del mundo (1 Pedro 1:20; Hechos 2:23), predicho en las profecías del Antiguo Testamento (Lucas 24:25-27), y llevado a cabo en el momento predeterminado por Dios, fue la exposición más poderosa, más profunda y más inequívoca del corazón de Dios que el corazón del hombre pudiese desear, y que Dios mismo pudiese concebir.

Dios tiene poder absoluto; pero la Biblia nunca dice: «Dios *es* poder» –sí dice «Dios es amor». Si Dios es amor, entonces, ¿podría haber una demostración más clara de su amor que en la cruz de Cristo? «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados ... el Padre envió al Hijo, el Salvador del mundo» (1 Juan 4:9 – 10, 14).

Sin embargo, Cristo no se contentaba con esto. ¿De qué serviría que él manifestase el carácter del Padre en la cruz si nosotros, por nuestra parte, seguimos siendo incapaces de comprenderlo? Por tanto, para hacer efectiva esta manifestación clara y abierta del Padre enviaría el Espíritu Santo a cada uno de su pueblo, y derramaría dentro de ellos el amor de Dios asegurando su comprensión íntima y subjetiva, y por tanto el disfrute de este amor.

### **El punto principal a retener.**

Por poco o por mucho que los apóstoles comprendiesen de todo lo que Cristo les había enseñado hasta ese momento, el principio más importante que ellos necesitaban comprender era el siguiente: «el Padre mismo os ama» (16:27). Sigue siendo esa verdad la cosa más importante que los discípulos de Cristo necesitan comprender, sean estos creyentes recién convertidos o veteranos. Mientras luchamos con los problemas de la vida, mientras nos esforzamos por asumir nuestras responsabilidades como cristianos, o mientras intentamos resolver las implicaciones doctrinales y teológicas de nuestra fe, es fácil perder de vista la realidad del amor directo y personal por parte del Padre hacia cada uno de nosotros. Si perdemos el disfrute de este amor, nuestra vida de oración se convierte en una carga, ensombrecida por la duda y por el temor.

Por ejemplo, nuestro Señor les había explicado en la lección anterior que tras su resurrección y ascensión podrían solicitar lo que necesitasen al Padre en su Nombre; y que el Padre haría honor a este Nombre dándoles aquello que solicitasen. No obstante, preveía que sin más orientación, incluso podrían interpretar mal esta promesa tan generosa. Podrían llegar a pensar que el motivo por el cual tenían que pedir en el Nombre de Jesús era que el Padre estaba poco preocupado por ellos y que difícilmente concedería sus peticiones a menos que el Señor Jesús insistiese mucho en ello.

Por supuesto que éste no es el caso. «El Padre también os ama», dice Cristo. Al ser formulada una petición ante él, yo no tendré jamás que acudir y preguntar: «¿Por qué no has atendido a las peticiones de mis discípulos? ¿Por qué no se las has concedido<sup>a</sup>?» «El Padre mismo os ama», dice Cristo, «y se puede confiar en Él para conceder las peticiones que sean consecuentes con mi Nombre».

Es cierto que Cristo ya actúa como nuestro Intercesor ante Dios, y como tal, él ya está orando por nosotros. Veremos un ejemplo de ello cuando hayan acabado las clases con sus discípulos. Pero el motivo por el cual debe interceder por nosotros no es porque Dios, sin la intervención de Cristo, esté en contra de nosotros. Su nombramiento como Intercesor es otra manifestación del amor y del afecto de Dios hacia nosotros, y del hecho que está resuelto a hacernos bien (Hebreos 5:1-10; 7:20-25).

Y finalmente, observemos que cuando Cristo aseguró a sus apóstoles que el Padre los amaba, no se refería a la benevolencia general que Dios tiene hacia todas sus criaturas, sino al afecto especial que el Padre tiene hacia los que aman a su Hijo, y crean que Jesús procedió del Padre (16:27). Amar a los pecadores mientras seguían siendo pecadores costó a Dios los dolores de la cruz del Calvario, los cuales estuvo dispuesto a sufrir. A los que desprecien este amor, que pisoteen a su Hijo, y consideran sin valor la sangre que derramó, la respuesta por parte de Dios será la indignación eterna (Hebreos 10:28-29). Mas cuando alguien responde al amor de Dios recibiendo y amando a su Hijo como la dádiva más preciosa que hubiese podido proceder de su corazón, el resultado es un amor y una devoción hacia el Padre que no conoce ningún límite.

### **La enseñanza esencial acerca de Cristo mismo.**

---

<sup>a</sup> La palabra griega para «pedir» (aiteo) en la primera parte del versículo 26 significa «pedir algo», «hacer una petición». La palabra griega para «pedir» u «orar» en la segunda parte de este versículo (erotao) significa «inquirir alguien acerca de algo o sobre alguien».



Ha llegado el momento de determinar hasta qué punto los discípulos han comprendido lo más importante que había enseñado acerca de sí mismo. La validez de todo lo que llevaba dicho descansaba en una gran verdad fundamental:

«Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre» (Juan 16:28).

Fueron las palabras pronunciadas por Alguien que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, era miembro de la Tri-Unidad que es Dios. Ningún profeta del Antiguo Testamento, ni siquiera el más grande de ellos, jamás dijo nada parecido. Elías se había referido a Dios como «Jehová, el Dios de Israel, en cuya presencia estoy» (1 Reyes 17:1). El ángel Gabriel dijo: «Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios» (Lucas 1:19). Sin embargo, ningún profeta, ni ningún ángel podría decir: «Yo salí del Padre; y dejo el mundo para volver al Padre».

Esto fue entonces lo que los apóstoles y todas las generaciones posteriores de cristianos tendrían que comprender y creer, y en lo que tendrían que mantenerse firmes mientras salían para testificar de Cristo en medio de las enormes presiones con las que se tendrían que enfrentar en el mundo. A fin de comprender por qué esto es tan importante, consideremos un episodio de la historia del Antiguo Testamento como ilustración.

El libro de Génesis (cap. 15) nos dice que Dios llamó al patriarca Abraham y lo estableció como el Antecesor de una nueva nación que Dios levantaría para desempeñar un papel especial en la historia. Dios dio a Abraham un bosquejo de cómo se desarrollaría la historia de esta nación. Llegaría el día que esta nación, la que ahora se conoce como Israel, saldría de Canaán y emigraría a Egipto. Pero los egipcios oprimirían a los israelitas, y Dios mismo intervendría para liberarlos y sacarlos de Egipto para llevarlos a la Tierra Prometida, en Canaán. Y así fue (ver Éxodo 1-12).

Pero en lo que nos tenemos que fijar es en lo siguiente. Cuando Dios envió a Moisés a Egipto como libertador de su pueblo para exigir a Faraón, el rey de Egipto, que dejase en libertad al pueblo de Dios, Moisés expuso los motivos de ello de la siguiente manera: «Hace mucho tiempo», dijo, «antes de que este pueblo viniese a Egipto, Dios hizo un pacto con sus antepasados y les reveló a ellos sus propósitos. El pueblo vendría a Egipto y viviría aquí durante un tiempo. Sin embargo, su estancia no sería permanente. Dios tenía un futuro para ellos lejos de Egipto, en la tierra que Dios había prometido a sus antepasados que les daría. Ha llegado, por tanto, el día de su liberación de Egipto. Faraón debe dejarles ir».

¿Y la respuesta de Faraón? Se le rió a Moisés en la cara. Para comenzar, no reconoció al Dios de Moisés. Despreció como leyendas insignificantes la idea de que la nación tuviera un pasado en el curso del cual Dios hubiese revelado sus propósitos a sus antepasados. También rechazó la idea de que la nación tuviese un futuro que no fuera en Egipto; y en lo que se refería a su creencia de que existiera una Tierra Prometida a la cual Dios les llevaría un día, no la consideró más que un cuento de hadas el cual los oficiales de los campos de trabajo forzados no tardarían mucho en sacarles de la cabeza. En cuanto a los propios israelitas, Egipto era el único mundo que existía; para ellos la vida jamás sería otra cosa sino el trabajo, el comer, el dormir y la muerte al final.

Por tanto, a fin de liberar a los Israelitas, primero Dios tendría que destruir a Faraón. Pero antes incluso de hacer esto, tendría que hacer creer a los Israelitas que Moisés verdaderamente había sido enviado a Egipto por Dios y que la Tierra Prometida más allá de Egipto era una realidad, y que si creían, Moisés les llevaría a ella.

Esta antigua historia se ha convertido en una parábola para el creyente. Satanás, el Príncipe de este mundo, ha convencido a millones de seres humanos que este mundo es todo lo que hay. También les ha convencido de que nunca ha habido un propósito divino detrás del universo, puesto que no hay Dios, ni nunca lo ha habido. Les convenció, además, de que todo aquello del Paraíso de Dios es pura fantasía, un cuento de hadas; y ha convencido a millones, que no conocen suficientemente ni la ciencia ni la filosofía como para darse cuenta de que se trata de una mentira, de que la fe en Dios y en el cielo es poco científico. Es precisamente por este motivo por lo que Satanás ha convertido este mundo en una cárcel, y la vida en una existencia sin esperanza.

A fin de liberar a la humanidad de esta esclavitud miserable, Dios envió a su Hijo Jesucristo al mundo. Sin embargo, si alguna vez vamos a poder recuperar nuestra libertad, hay una realidad por encima de todo lo demás, que debemos comprender y creer. Y no se trata solamente de las enseñanzas éticas de Cristo. Se trata, de hecho, de los siguiente: «Yo salí del Padre y he venido al mundo». Por tanto, ¿este mundo no es el único mundo que hay! Ni este mundo tampoco se hizo a sí mismo. Detrás de él está el Padre. «Otra vez», dice Cristo, «dejo este mundo y voy al Padre». Por tanto, este mundo tampoco es el final: hay vida más allá de él. Puesto que esta es la verdad, la mentira de Satanás queda al descubierto; y para todos los que amen a Cristo, el poder de Satanás para convertir este mundo en una cárcel queda desvirtuado.

## El desafío de Cristo a sus discípulos.

Sin embargo, ¿creyeron esto los discípulos de Cristo? Dijeron que sí. De echo, afirmaron que finalmente Cristo había hablado con claridad. Comprendieron que él sabía todas las cosas y que no era preciso que nadie le pidiera más explicaciones: «... por esto creemos que has salido de Dios».

No hay duda de que hablaron sinceramente. No obstante, una cosa es decir que has comprendido a la perfección lo que se te ha enseñado, y otra cosa muy distinta demostrar que es así en el momento de enfrentarte con una prueba. Con gran misericordia, entonces, Cristo pone en duda su excesiva confianza en sí mismos: «¿Ahora creéis?». Al cabo de muy pocas horas se enfrentaron con una prueba de una severidad imprevisible. Su fe se tambalearía, y su comprensión de la verdad demostraría no ser tan firme como ellos creían: abandonarían a Cristo y huirían para proteger sus vidas y sus intereses en este mundo.

## La promesa de victoria.

¿Se echaría todo a perder? ¡En absoluto! A solas, en presencia únicamente del Padre, Cristo afrontaría todo lo que el mundo y su príncipe podrían hacerle, hasta la tortura y la muerte. Y triunfaría. «Pero confiad», les dice, cuando los discípulos están a punto de perder todo su coraje y huir derrotados. «En el mundo tendréis aflicción; pero en mí podéis tener paz, pues yo he vencido al mundo». Desbarataría al satánico carcelero. Reventaría los muros de la cárcel. Con su muerte y su resurrección se abrirían las puertas de par en par; y al salir victorioso y ascender a su Padre, compartiría su victoria con todos los suyos. En Cristo, ellos también serían «más que vencedores mediante Aquel que los amó» (Romanos 8:37). «Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

Si los creyentes de nuestra generación queremos levantarnos y dar testimonio de Cristo delante de nuestros contemporáneos, también debemos aprender el secreto de la victoria sobre el mundo. Y aquí lo tenemos, en palabras de los apóstoles de Cristo: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Juan 5:4-5).



---

<sup>1</sup> «Según Juan. En la escuela de Cristo. Juan 13 – 17». David Gooding. Editorial Clie / Publicaciones Andamio, 1998. Capítulo 28.

# JESUCRISTO COMO MAESTRO.

Willard H. Taylor. «Así enseñó Jesucristo». Casa Nazarena de Publicaciones.

*«¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Juan 7:46)*

La vida y la muerte de Jesús de Nazaret tienen un significado muy especial para los cristianos. La vida de Cristo, con su despliegue de amor y compasión sin paralelo por toda la humanidad, es el ejemplo supremo de una existencia dirigida por Dios. Su muerte ignominiosa, precedida por aquella agonizante oración de consagración en el huerto, es nada menos que un certificado de libertad del pecado para todo el que quiera recibirlo. La esperanza que el cristiano abraza de una vida victoriosa, de una muerte feliz y de una resurrección segura, es la triunfante resurrección de Cristo, y su exaltación a la mano derecha del Padre celestial, donde Él intercede por nosotros. En verdad, lo que más atrae de la narración evangélica es la cautivadora personalidad de Jesucristo y su incondicional entrega final al sufrimiento, a la vergüenza y a la muerte.

No nos olvidemos, sin embargo, de las palabras del Señor Jesús. Él proclamó un evangelio. Vino del cielo con buenas nuevas para la humanidad perdida. Es posible obtener una evaluación justa de su persona y de su obra en el Calvario escuchando cuidadosamente lo que dijo. Podemos discernir cuál es realmente la verdad, y encontrar el camino de la vida genuina si escudriñamos sus enseñanzas. Por esta razón es enteramente correcto decir que sus palabras salvan. O dicho de otra manera, enseñó con el fin de salvar, y salvó mediante la enseñanza. Él mismo afirmó: «las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63). Hay poder en las palabras de Cristo y cualquiera que sature su mente con ellas descubrirá, antes que pase mucho tiempo, que sus pensamientos están cautivados por ellas. Y ese poder resultará eventualmente en la obediencia y la salvación. En esto radica precisamente el desafío supremo latente en las enseñanzas de nuestro Salvador.

Desde un punto de vista histórico, el poder inherente de las palabras del Señor Jesús se echa de ver claramente en la forma notable en que se han conservado, en profundo contraste con el deterioro que exhiben las culturas de aquel entonces. El erudito Harvie Branscomb lo ha declarado con estas bien trazadas expresiones: «Jesucristo desarrolló su obra en uno de los más distantes rincones del imperio romano. Los pueblecitos galileos donde predicó tenían nombres desconocidos para los pobladores de los grandes centros de la civilización. En su mayor parte, le escucharon sólo campesinos y pescadores. Es probable que en toda su vida el Señor jamás haya conocido un oficial con rango más elevado que el del procurador romano que le condenó a muerte. Él no escribió una sola palabra que se conservara escrita siquiera hasta los principios de la Iglesia, y no se sabe de un solo observador oficial ni reportero que lo acompañara para tomar notas de sus actividades. Y no obstante, de entre los escombros de los siglos, sus palabras surgen y perduran por miles de años más que el imperio que lo condenó, y son atesoradas por millones de seres humanos mucho más que lo haya sido el producto del genio griego en el arte y la literatura... De entre todas las obras perdurables del pasado, las más perdurables son los cuatro evangelios».

Cuantos han escudriñado las enseñanzas de Cristo, han llegado a la misma conclusión. Esa fue también la conclusión a que arribaron los oficiales enviados por los sacerdotes y los fariseos para arrestarle, pero que volvieron con las manos vacías. Al explicar el fracaso de su cometido dijeron: «¡jamás hombre alguno ha hablado como este hombre» (Juan 7:46). La historia ha secundado ese fallo.

## **LAS CARACTERÍSTICAS DE SUS ENSEÑANZAS.**

Es indiscutible que el Señor Jesús se condujo como un Predicador semejante a los profetas que se mencionan en el Antiguo Testamento, pero también lo es que desarrolló la labor de un gran maestro. Por lo general así lo llamaba la gente: «maestro». Los evangelios contienen cuando menos treinta y una ocasiones en que este título se aplica al Señor.<sup>1</sup> La palabra se usa para describir a un maestro itinerante, ambulante. Dondequiera encontraba una o más personas dispuestas a oír y aprender, Él enseñaba, ya fuera en las sinagogas (como en Nazaret y Capernaum), sobre los caminos, en un sembradío, la ladera de un monte, una casa particular o sobre una barcaza anclada junto a la playa.

¿Qué características sobresalen en las enseñanzas del Señor Jesús? ¿qué clase de maestro era? Fácilmente se distinguen cuando menos cuatro.

---

<sup>1</sup> En dos ocasiones Jesús se refirió a Sí mismo como Maestro (Marcos 14:14 y Mateo 23:8).

1.- **La informalidad.** Esta particularidad se observa tanto en los escenarios donde impartió sus enseñanzas como en el material expuesto. El maestro no residía en un solo lugar, como se nos dice que lo hacían Gamaliel y Shammai, los dos famosos rabinos. Jesucristo abría una sesión de clase tan pronto como encontraba a alguien dispuesto a recibir instrucción, o dondequiera su compasivo corazón lo impulsaba a impartir la Palabra. Cuando alimentó a cinco mil, se sintió impelido a dirigir un largo discurso a quienes lo habían seguido circundando el Mar de Galilea. Dice Marcos: «Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas» (Marcos 6:34). En otra ocasión alguien hizo bajar a un paralítico hasta los pies de Jesús, y el Señor de un modo muy natural transfirió su atención a la necesidad física del individuo, pero habiéndolo sanado comenzó a impartir cátedra sobre las relaciones entre Dios el Padre y Dios el Hijo, y la habilidad del Hijo de Dios para perdonar los pecados (Mr. 2:1-12).

El rasgo informal del ministerio educativo del Señor Jesús se pone de relieve también en los muchos pasajes donde leemos que se ocupaba en responder a preguntas. En esas circunstancias pronunció algunos de sus dichos más trascendentales. Recordemos, por ejemplo, su respuesta a las preguntas del joven rico sobre la vida eterna (Lucas 18:18-30; Mateo 19:16-26); a las del escriba sobre el primer mandamiento (Marcos 12:28-34); o a las de los herodianos sobre el tributo imperial (Mateo 22:15-22). Los Evangelios no dan la menor indicación de que el Maestro haya preparado jamás un discurso formal. Parece que casi todos los temas de sus conferencias eran provocados por sucesos casuales, y los pronunciaba extemporáneamente, sin previa declaración. Poseen toda la informalidad y frescura de charlas de sobremesa, de coloquios junto al fogón. Algunas de sus pláticas resultaron de algún momento de crisis y otras de alguna hora de reposo con los discípulos. Ni siquiera el Sermón del Monte sigue un orden estrictamente lógico, aunque todo el sermón se orienta por el tema general de la naturaleza de la conducta cristiana. A esta informalidad y espontaneidad se deben el atractivo imperecedero de las enseñanzas de Jesucristo.

2.- **El aspecto práctico.** El Maestro estaba interesado en la vida, no en teorías. No debemor referirnos a Él como un teólogo sistemático. No acostumbraba iniciar por las mañanas la conversación con sus discípulos diciendo: «hoy discutiremos el problema de la existencia de Dios; procuraremos probar que Dios es, y trataremos de describir su naturaleza». No, no se conducía como un solemne catedrático en el aula, definiendo términos, estableciendo premisas y llegando a conclusiones. Su enseñanza provenía de las circunstancias y condiciones que ese día le presentaban; primordialmente se basaba en las situaciones cotidianas. Como dice un reconocido estudiante del Señor: «Esto prueba que a Él le importaban los hombres, no las ideas. Estaba interesado en la verdad que podía producir vida». Sin embargo, no debemos suponer que no se interesara en el valor de las ideas o en desafiar las inteligencias agudas. Lo que hacía era presentar su mensaje mediante la exposición de la verdad tal y como los hombres podían percibirla en su vida diaria. En otras palabras, Él echó mano de los acontecimientos diarios de la existencia para exponer la verdad eterna sobre lo bueno y lo malo. Era un método sabio pues su ministerio se desarrollaba entre el pueblo común e inculto, que no era muy dado a las teorías, sino que buscaba lo práctico en todo.

Un conocido escritor señala que es absurdo concluir que las enseñanzas del Señor Jesús sean inútiles para nosotros hoy día sólo porque posean este rasgo temporal y aparentemente incidental. Por el contrario, se debe precisamente al hecho de que Él se abocara a las necesidades prácticas del momento y no pretendiera edificar un sistema doctrinal o filosófico, el que sus palabras han capeado los huracanes de la crítica a través de los siglos. Como dice un escritor: «Sus palabras son como relámpagos que iluminan las necesidades presentes de los hombres y mujeres con quienes el Maestro hablaba, y que por esa misma razón nos iluminan a nosotros hoy día... La razón por la que sus enseñanzas pertenecen a toda la humanidad es que se ocupó de las necesidades específicas e inmediatas de los seres humanos».

3.- **El uso de ilustraciones.** La particularidad más sobresaliente de la enseñanza de Jesucristo es la abundancia de sus ilustraciones. No vaciló en echar mano de figuras del lenguaje, ilustraciones, metáforas, etc., de la vida diaria para atrapar la atención de quienes se detenían a escucharlo. El más iletrado podía comprenderlo, aunque fuera parcialmente, debido a la claridad de sus ejemplos. Estas figuras incomparables, trazadas con mano de artista sin igual eran como ventanas por dónde entraban raudales de verdad divina para iluminar la mente y el corazón de los hombres, para que percibieran con mayor lucidez el camino de la salvación.

Contemplemos brevemente algunas de estas obras maestras: «¡Jerusalén, Jerusalén...! ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste» (Lucas 13:34). Hablando del testimonio de los discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder» (Mateo 5:14). Cuando envió a sus discípulos, les dijo: «He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas» (Mateo 10:1).

Cuando advertía sobre el poder de las cosas materiales sobre el corazón, ilustró: «Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios» (Marcos 10:25). Asimismo impartió la verdad en forma vívida y concreta usando de parábolas, que no son sino breves relatos basados en acontecimientos de la vida real. Casi todas se refieren a la vida rural que Él conocía tan bien: el pescador con su bote y sus redes (Mateo 13:47-50); el sembrador sembrando (Mateo 13:3-9); el pastor cuidando a sus ovejas (Lucas 15:4-7); unos muchachos jugando al «casamiento» y al «funeral» en la plaza principal (Mateo 11:16-18), y la mujer barriendo su casa para encontrar una moneda perdida (Lucas 15:8-10). La extensa variedad de imágenes trazada por el Maestro con sus palabras provenía prácticamente de todos los aspectos de la vida cristiana en la Palestina de sus tiempos.

4.- **La sencillez.** La sencillez no significa simpleza ni superficialidad. Las palabras de Jesucristo eran claras y fácilmente comprensibles. Lo prueban los cientos de hombres y mujeres que se pasaban días enteros escuchándole. En una ocasión se interesaron a tal punto que olvidaron que era hora de comer (Marcos 6:32-44). Es evidente que comprendían lo que el Maestro les enseñaba, pues de otra manera lo hubieran dejado hablando solo.

Hasta cierto punto la razón de la claridad de las palabras del Maestro era su aplicación tan directa. Son expresiones muy definidas de ciertas verdades, pero expresadas condesafiante sencillez. Por ejemplo: «el día de reposo fue hecho para el hombre, no el hombre por causa del día de reposo» (Marcos 2:27). O también: «no es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto» (Lucas 6:34); o: «porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna» (Juan 3:16). ¿Qué puede ser más sencillo que este majestuoso resumen del evangelio? La misma sencillez es evidente en las parábolas. Ejemplos clásicos de ello son las parábolas del Hijo Pródigo (Lucas 15:11-32), y del Buen Samaritano (Lucas 10:30-37).

También por esta razón se impone la necesidad absoluta de aceptar las enseñanzas del Señor según el significado de sus palabras. No podemos suponer que detrás de toda declaración, o de cada parábola, se esconde alguna verdad que sólo puede descubrirse mediante algún sistema de símbolos o alegorías. Desde luego, algunas de sus palabras demandan un estudio muy concentrado y deben equipararse al todo de sus enseñanzas, pero por lo general, los pensamientos del Maestro se expresaron en términos que significan lo que estamos acostumbrados a aceptar como su significado primario y ordinario.

Marcos hace un revelador comentario de la reacción de la gente a la prédica del Maestro: «gran multitud del pueblo le oía de buena gana» (Marcos 12:37). Un escritor evangélico observa que en este pasaje es difícil determinar la causa particular del agrado de la multitud en esta ocasión. Quizá haya sido la habilidad del Señor para debatir, o su valor ante tan formidables enemigos. O probablemente al pueblo común le haya agradado particularmente la sencillez de sus enseñanzas y el profundo amor que hacia ellos manifestaba. Pero además la gente escuchaba a Jesús con agrado porque le entendían, y eso era mucho decir. Con demasiada frecuencia sus palabras se han expresado a través de una jergonza incomprensible, muy desligada de la vida y el lenguaje del pueblo. El mensaje de Jesús posee todavía una sencillez maravillosa que cautiva la mente y el corazón de sus seguidores.

## **EL MÉTODO Y LA FORMA DE LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS.**

Como Maestro, el Señor Jesús se situó dentro de la gran tradición profética de Israel. Muchas de sus declaraciones retumban con el pavor y la autoridad de los pronunciamientos proféticos. En ocasiones casi nos parece escuchar a Isaías, a Amós, a Jeremías o a Zacarías, hablando por los labios de Jesucristo: «¡Ay de ti, Corazín! ¡ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotros, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras» (Mateo: 11:21-22).

De acuerdo a un tenor netamente profético, el Señor anunció la restauración de Israel: «De la higuera aprended la parábola: cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas» (Marcos 13:28-29).

Aún cuando lentamente se encaminaba hacia el Calvario para ser crucificado, respondió al lamento de las mujeres de Jerusalén con una profecía: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotros; y a los collados: cubridnos» (Lucas 23:28-30).

Cómo se asemejan las palabras de Cristo a las del profeta Daniel cuando declara: «Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Marcos 13:24-27).

Por razón de su estilo profético algunos juzgaron al Maestro como algún profeta que había resucitado. En cierta ocasión preguntó a sus discípulos: «¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» Y ellos respondieron: «unos Juan el Bautista; otros Elías, y otros Jeremías o alguno de los profetas» (Mt. 16:13-14).

Más tarde, cuando el Señor entró en Jerusalén montado en un asno y aclamado por una multitud como rey, los que vivían en Jerusalén preguntaron: «¿quién es éste?» La gente respondió sin vacilar: «Éste es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea» (Mateo 21:10-11). El apóstol Juan narra un suceso muy significativo. Un día, después de que el Señor terminó de hablar en el Templo acerca del futuro descenso del Espíritu Santo, la gente quedó completamente asombrada, y algunos llegaron a la conclusión de que «verdaderamente éste es el profeta» (Juan 7:40). Sin duda estaban pensando en aquel Gran Profeta anunciado por Moisés (Deut. 18:15).

Asimismo, Jesucristo como Maestro tomó su lugar dentro de la tradición de Moisés. Mateo, muy particularmente, lo presenta como el Segundo Moisés, como un nuevo legislador. Uno, en verdad, mayor que Moisés mismo. No se registra que el Señor se haya dado ese nombre a sí mismo, pero lo implicó al decir repetidamente: «oísteis que fue dicho... mas yo os digo». Y lo que es más importante, Jesucristo enunció mandamientos siguiendo las mismas normas de Moisés para ello. Por ejemplo en Mateo 5:34-37, 44, 48; Marcos 12:31 o Lucas 6:36-37.

Como veremos más adelante, Jesucristo ejerció las prerrogativas de Moisés al declarar las demandas morales de Dios sobre los hombres. De hecho habló en un tenor más dogmático, y con un tono más autoritativo que Moisés o cualquiera de los profetas. La suya era una «autoridad legislativa soberana». Quienes lo escuchaban se daban cuenta de que Él estaba asentando la nueva ley del Reino.

Además, el método y la forma que el Maestro empleó para enseñar eran muy similares a las tradiciones poéticas y de proverbios sabios de Israel, tal como las encontramos en Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, etc. El Señor Jesús era un poeta. Su poesía, desde luego, era típicamente hebrea, con rima, ritmo y paralelismo. La traducción doble del arameo, idioma en que se pronunciaron las palabras, al griego, y de éste al castellano, no han menguado en lo mínimo los rasgos poéticos de sus enseñanzas. Considerad, por ejemplo, el elogio que hace Juan el Bautista: «¿Qué salisteis a ver al desierto? / ¿una caña sacudida por el viento? / ¿o qué salisteis a ver? / ¿a un hombre cubierto de vestiduras delicadas? / He aquí, los que llevan vestiduras delicadas / en las casas de los reyes están. / Pero, ¿qué salisteis a ver? / ¿a un profeta? / Sí, os digo, y más que a un profeta» (Mateo 11:7-9).

En respuesta a una pregunta sobre la venida del Reino de Dios, El Señor Jesús echó mano de la poesía: «Tiempo vendrá / cuando desearéis ver / uno de los días del Hijo del Hombre / y no lo veréis. / Y os dirán / Helo aquí, o helo allí. / No vayáis, / ni los sigáis. / Porque como el relámpago / que al fulgor resplandece / desde un extremo del cielo hasta el otro, / así también será el Hijo del Hombre en su día» (Lucas 17:22-24).

Una de las parábolas más famosas relatadas en forma poética es la de «los dos cimientos», al concluir el Sermón del Monte (Mateo 7:24-27).

Muchas de las expresiones que tenemos del Maestro se asemejan grandemente a los dichos del Libro de los Proverbios. Es evidente que el Señor usaba esta forma de expresión cuando deseaba apelar al sentido común, porque un proverbio es un dicho expresivo que contiene una verdad práctica. Por lo general declara una verdad que el hombre del mundo acepta sin titubear. Entre los proverbios más conocidos de Jesucristo están éstos:

- «Donde esté vuestro corazón, allí también estará vuestro tesoro» (Mateo 6:21).
- «Con la medida con que medís os será medido» (Marcos 4:24).
- «Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34).
- «Los sanos no tienen necesidad de médico» (Marcos 2:17).
- «Todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mateo 26:52).
- «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34).
- «No hay profeta en su propia tierra» (Lucas 4:24).

Algunos de sus proverbios eran ya tradicionales, como por ejemplo, «médico, cúrate a ti mismo» (Lucas 4:23), pero muchos otros son originales, hasta donde los eruditos han podido comprobarlo. Aquí cabe

observar que el Maestro, como sus contemporáneos, tenía en muy alta estima a la «sabiduría de Salomón». Sin embargo, no se detuvo para decir de Sí mismo: «he aquí más que Salomón en este lugar» (Mateo 12:42).

El Maestro también empleó las parábolas para comunicar las verdades divinas. Los maestros orientales acostumbraban a usar parábolas como vehículo de instrucción, y también los rabinos las empleaban, aunque no con igual frecuencia, para elucidar las enseñanzas de la ley. Se han recopilado varias colecciones de parábolas del Talmud, y también en el Antiguo Testamento encontramos algunas, siendo la más famosa la que el profeta Natán relató sobre una corderita (2 Samuel 12:1-4), la de Isaías acerca de la viña (Isaías 5:1-7), y la de Jotam sobre los árboles (Jueces 9:7-20). El Señor Jesús, por supuesto, no inventó el método de enseñar mediante parábolas, pero lo empleó tan espléndidamente que este método se ha identificado casi exclusivamente con Él. Tan es así que Mateo observó: «Todo esto hablo Jesús por parábolas a la gente, y *sin parábolas no les hablaba*» (13:34).

Una parábola es un relato que procede de la vida diaria y que se narra para ilustrar alguna verdad. El vocablo «parábola» significa «situado junto», o sea, que cierta verdad se sitúa junto a una experiencia de la vida cotidiana para hacer la verdad más comprensible. Cierta comentarista definió una parábola como una breve historia de la vida con un significado celestial. Por ejemplo, la parábola del «Hijo pródigo» tiene el propósito de ilustrar la verdad de que Dios perdona el pecado gratuitamente, a semejanza del padre que sale al encuentro del hijo que viene de regreso por el camino, y está listo a restaurarlo al círculo familiar. Cuando se interpretan estas parábolas, es menester localizar la verdad central, pues como observó un comentarista «la médula es el significado de la narración como unidad total, y no los detalles de la periferia». Debemos tener cuidado de no confundir las parábolas con las alegorías en las cuales todos los detalles de la historia corresponden a alguna verdad de la vida, como sucede en la alegoría clásica de Juan Bunyan «El progreso del Peregrino». Por el contrario, en la parábola los detalles quedan relegados a un segundo lugar y subordinados al punto céntrico. Si bien el Señor Jesús empleó algunas alegorías (el Buen Pastor, en Juan 10:1-18; la Vid, en Juan 15:1-11; el Sembrador, en Mateo 13:3-23), su enseñanza se distingue mucho más por el uso de las parábolas que por el de las alegorías.

¿Por qué empleó parábolas el Maestro? En Marcos 4:10-12 se sugiere aparentemente que por medio de ellas se comunicaba a los discípulos ciertos conocimientos secretos, conocimientos que los incrédulos no podían atesorar. Sin embargo, al escudriñar cuidadosamente estos versículos encontramos que no declaran intención alguna de ocultar la verdad, sino que anuncian los resultados frecuentes que acompañaban a las intenciones del Señor. Las parábolas no tenían una función limitada a atraer la atención, sino el propósito de despertar la mente y el espíritu de los escuchas y por ende a desafiarlos a tomar una decisión. Era un desafío a aceptar o rechazar la senda del discipulado.

La infinita variedad y el poderoso atractivo que el Maestro poseía en su personalidad y que ejercía sobre los hombres, se demuestran ampliamente por la vasta extensión de formas de enseñanza que empleó con sin igual destreza. Usó la **hipérbole** con una aptitud sin par; por ejemplo al hablar de la «viga» en el ojo de una persona con espíritu de crítica (Mateo 7:4), o al mencionar la posibilidad de mover una montaña «si tuvierais fe como un grano de mostaza» (Mateo 17:20). Fue igualmente efectivo en el uso de la **paradoja**, esto es, de las declaraciones que son aparentemente contradictorias: «bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5); «el que es el más pequeño entre vosotros éste es el más grande» (Lucas 9:48). Él le dijo a una mujer junto al pozo de Jacob: «cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás...» (Juan 4:13-14). Así fue como Jesús creó una profundísima impresión en todos sus oyentes, tanto los que simpatizaban con Él como sus enemigos, mediante las narraciones vívidas, las declaraciones figuradas, y sentencias que deban por terminada la discusión. Lucas señala que el Señor poseía cierta manera de dirigirse a la gente que a ésta le resultaba muy atractiva: «y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca» (4:22). Sin duda alguna, Jesucristo fue el Maestro de maestros.

## LA AUTORIDAD DE JESUCRISTO.

Cuando el pueblo común y los líderes religiosos escuchaban al Maestro, la impresión que recibían fue que no se trataba de un soñador ni de un místico extravagante, sino de Alguien en contacto directo con la vida real. Presintieron en sus palabras algo cargado de suprema autoridad. Lo sabemos, en primer lugar, porque no tardaron en llamarlo «Rabí», que en aquellos años era un título de mucho respeto empleado para dirigirse a

los maestros judíos.<sup>2</sup> Implicaba la idea de una capacidad sobresaliente para enseñar. En castellano la mejor traducción es «Maestro». Un personaje de rango religioso tan prominente como Nicodemo, le dijo: «Rabí, sabemos que has venido como maestro» (Juan 3:2). Mateo registra las palabras del Señor cuando acusó a los fariseos de pretender con vanidad que los hombres los llamaran «rabí» en los lugares públicos. Jesús les advirtió a sus discípulos que no usaran este título para dirigirse a nadie, sino a Él (Mateo 23:7-13).

Pero no obstante, el caso es que Jesucristo no era un rabí por profesión. En sus tiempos la educación judía se dividía en dos períodos: el primero incluía básicamente el estudio de la ley hebrea escrita y oral y concluía cuando el alumno cumplía los quince años. El segundo período lo cursaban sólo quienes deseaban prepararse para seguir la carrera de rabí en la escuela profesional de Jerusalén. Si un joven judío deseaba obtener una educación profesional en asuntos seculares, tenía que asistir a escuelas extranjeras, como las de Alejandría, Tarso o Atenas. Jesucristo nunca cursó esta «escuela superior» y por eso, cuando predicó en la sinagoga de su pueblo, Nazaret, los vecinos se asombraron de sus conocimientos y preguntaron: «¿de dónde tiene éste estas cosas? ¿y qué sabiduría es ésta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿no es éste el carpintero...?» (Mr. 6:2-3). El Señor asombró a la gente, no sólo con sus palabras y milagros, sino con el hecho de poseer tal sabiduría. En Jn. 7:15 se nos dice claramente que el Señor Jesús no disfrutó de una educación formal: «y se maravillaban los judíos diciendo: ¿cómo sabe éste letras sin haber estudiado?».

Cuando Lucas anota la primera visita del Maestro a Jerusalén, siendo todavía un niño, nos dice que causó enorme impresión entre los «doctores» por razón de su vasta comprensión y su profunda mente inquisitiva (2:41-47), y en ese mismo capítulo agrega el evangelista que «Jesús crecía en sabiduría» (2:52). Creemos que sin duda el Señor aprovechó todas las oportunidades existentes entonces, tales como la asistencia a los cultos públicos, el estudio de las Sagradas Escrituras en la escuela, y la conversación con los miembros más sabios de la comunidad donde creció.

Desde el principio de su ministerio el Señor se presentó como una autoridad en asuntos espirituales. El pueblo mismo comparó sus enseñanzas con las de los escribas. Cuando Él terminó de predicar el Sermón del Monte, «la gente se admiraba de su doctrina porque les enseñaba como quién tiene autoridad y no como los escribas» (Mateo 7:28-29; Marcos 1:21-22). Los escribas eran los eruditos, los copistas, los que enseñaban la ley y a quienes se consideraba la autoridad final en asuntos concernientes a la vida judía. Cuando interpretaban algún pasaje apelaban a la tradición, o a algún precedente. No así Jesucristo. Él hablaba con la certidumbre del que sabe algo a ciencia cierta. No necesitaba el respaldo de las opiniones de otros maestros. Hablaba con profunda convicción personal. Aún cuando se refirió a la ley de Moisés, declaró: «habéis oído... mas yo os digo». El bien conocido misionero y escritor E. Stanley Jones ha comentado: «cuando la gente escuchaba a los escribas, escuchaba la voz del pasado, pero cuando oían a Jesucristo, oían la voz que estaba asumiendo el dominio del pasado, del presente y del futuro».

Además, las palabras de Jesucristo poseían autoridad final porque era absolutamente evidente que su enseñanza era la verdad. No tenía necesidad de probar que el amor es el valor supremo en la vida, ni que debemos amar a nuestro prójimo, quienquiera que sea. Ilustró magistralmente esta última verdad con la parábola del Buen Samaritano, y la historia en sí sola es más que suficiente explicación (Lucas 10:25-37). Cuando el Maestro predicaba, parecía decir: «Yo sé que esto es verdad, y si vosotros lo consideraréis sin prejuicios, también veréis que es verdad». La autoridad de la enseñanza de Jesucristo no procedía de un dogmatismo superficial, sino de la realidad misma de la vida; a través de sus palabras puso a los hombres en contacto con todo el cuerpo de la verdad viviente. Y pudo hacerlo sólo porque Él mismo es la fuente de la verdad: «Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida» (Juan 14:6). En la persona de Jesucristo, el mensaje y el mensajero se unen inseparablemente, y en ello precisamente radica la piedra angular de su autoridad.

## **LA ORIGINALIDAD DE LA ENSEÑANZA DE JESUCRISTO.**

Los eruditos, tanto cristianos como judíos, han estudiado minuciosamente los Evangelios, el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y el Talmud, y han aseverado que existen muy pocas enseñanzas de Jesucristo que no encuentren su paralelo en estas otras escrituras. Joseph Klausner, prominente erudito hebreo, ha declarado terminantemente: «sin excepción, todo lo que Jesús dijo o hizo puede explicarse satisfactoriamente conforme a las escrituras judaicas y al sistema fariseo de los tiempos en que vivió». De ser esto verdad, debemos entonces preguntarnos: ¿existe algo verdaderamente original en las ideas de Jesucristo? La respuesta a tan importante pregunta incluye varios factores.

---

<sup>2</sup> En los Evangelios leemos que Jesucristo usaba la larga túnica de los maestros, que la gente quería tocar (Marcos 6:56; Mateo 9:20; 14:36; 23:5; Lucas 8:44).



En primer lugar, las enseñanzas de Jesucristo son parte inseparable del sistema de pensamiento que incluye el Antiguo Testamento y mucho del judaísmo. Como ya lo dijimos anteriormente en los párrafos concernientes al método de enseñanza empleado por Él, Jesucristo se colocó dentro de la tradición del Antiguo Testamento. Tenía mucho en común con el gran legislador Moisés, con los historiadores y los profetas. Continuamente recalca sus enseñanzas con pasajes citados directamente del Antiguo Testamento. En su esencia, la verdad que Jesucristo presentó sólo era una repetición de lo que se había revelado a los siervos de Dios durante el período anterior a la era cristiana. Que Dios pide santidad, justicia, lealtad y amor hacia Él y hacia todos los hombres, como lo dijo Jesucristo, es sin discusión alguna el mensaje también anunciado por el Antiguo Testamento.

En segundo lugar, los enemigos de Jesucristo estaban convencidos de que Él estaba propagando ideas enteramente nuevas. Los Evangelios no se andan con rodeos: los fariseos estaban en contra del Maestro. Y, sin embargo, el Señor Jesús y los fariseos estaban de acuerdo en algunas cosas. Ambos adoraban al Dios vivo y verdadero de la revelación profética. Ambos procuraban saber la voluntad de Dios según se revela en «la ley y los profetas». Ambos estaban interesados en una vida moral elevada. Ambos consideraban el Antiguo Testamento como una autoridad inspirada. El desacuerdo se suscitó tocante a la importancia de la autoridad de la interpretación tradicional de la ley de Moisés. Los fariseos insistían en que esta interpretación, que había pasado de una generación a otra oralmente, es decir, no por escrito sino por palabra hablada, tenía tanta autoridad sobre los hombres como la ley escrita en la Biblia hebrea. En Marcos 7 se nos instruye que el Maestro condenó esta aceptación de la tradición por parte de los fariseos dado que así estaban «invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición...» (7:13). Gastaban todo su tiempo y energías explicando los detalles insignificantes y pasaban por alto los mandamientos de Dios.

Realmente, el Señor estaba llamando a una vida basada en el espíritu de la ley. Se oponía a todo concepto de salvación por obras, que era precisamente lo que predicaban en realidad los fariseos. Para el Señor, eso era simple y sencillamente el más craso legalismo.

No olvidemos, además, que el Señor reclamó para Sí un privilegio especial al tratar con la ley. Con frecuencia ejerció el derecho de ir más allá de la letra de la ley y sacar a la luz la voluntad de Dios para la vida del hombre que estaba en la base (Mateo 5:21-48). Al Maestro le interesaba más el espíritu que gobierna la conducta, mientras que los líderes religiosos se preocupaban solamente con mantener o promover cierto sistema de conducta. El Señor estaba mucho más interesado en *cómo eran los hombres* que en *qué hacían los hombres*. Comprendía que el hombre bueno obraría con bondad (Lucas 6:45). Para Él el camino de la salvación no era a través de las obras, sino a través de la gracia y la fe. Esto era algo realmente nuevo y original, algo que siempre será nuevo y original, porque solamente el Espíritu de Dios puede hacer de ello una realidad para el hombre.

En tercer lugar, si bien podemos advertir rasgos de originalidad en la interpretación que Jesucristo hizo de la ley, en sus enseñanzas sobre el reino de Dios, y en su interés por el ser humano individual, sin embargo, el meollo de la originalidad del Señor se halla en que *Él mismo era la personificación de su enseñanza*. Vivió lo que enseñaba. Les enseñó a los hombres la senda de la verdadera santidad que demanda obediencia absoluta a Dios, pero lo demostró con su propia vida. Esto fue una revelación verdaderamente nueva para la humanidad. Enseñó, además, que la fuente del gozo y la paz se encuentra en el servicio humilde y amante a la humanidad perdida. Demostró objetivamente la verdad de esta enseñanza viviendo con los pecadores y llamándolos al arrepentimiento, y finalmente muriendo por los hombres en el Calvario.

Alguien ha dicho que la contribución original de Jesús es Él mismo. Él personificó el camino de la salvación; fue tanto el Evangelio como el Ejemplo. Lo que esto significa es que nuestra respuesta a la oferta de salvación es realmente nuestra respuesta a Él. El escritor Bruce Metzger ha observado que «a tal punto se identificó el Señor Jesús con sus enseñanzas que la obediencia a ellas ha venido a ser idéntico asunto con la lealtad a Él». En otras palabras, obedecer a sus enseñanzas es someterse a Él personalmente. Él es verdaderamente «el Camino, la Verdad y la Vida».

# Primer Adán, Último Adán

Russell Grigg

La Biblia presenta a Adán como el primer hombre y da al Señor Jesucristo el curioso título de 'postrer Adán' (1 Corintios 15:45). ¿Qué significa este término y por qué es dado? ¿Cuáles son las similitudes entre Adán y Jesús que le garantizan a Jesús este título? ¿Cuáles son las diferencias?

## ADÁN Y JESÚS COMPARADOS

### 1. *Un comienzo milagroso*

La Biblia nos dice que el primer hombre, Adán, fue creado por Dios, a su imagen y semejanza, directamente del polvo de la tierra. Dios sopló en la nariz de Adán el aliento de vida y él fue un ser viviente (Gén. 1:26-27; 2:7).

Por lo tanto, Adán no fue el producto de una forma de evolución teísta. Dios no lo hizo a imagen y semejanza de un simio, ni de un 'homínido menor' a través de procesos lentos o mutaciones abruptas. En vez de eso, Dios creó a Adán como un acto inmediato, por medio de su Palabra (por ej. ordenando o queriendo que pasara), en algún momento del sexto día de la semana de la Creación.

Mientras que Adán fue *hecho* a la imagen de Dios, Cristo *es* 'la imagen del Dios invisible' (Colosenses 1:15).

La Biblia nos dice que Dios creó todas las cosas a través del último (postrer) Adán, Jesucristo (Juan 1:1-3; Colosenses 1:15-20; Hebreos 1:2). Jesús preexistía con Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo antes de que Adán viviera (Juan 8:58; Miqueas 5:2), sin embargo, en su humanidad, Él también tuvo un comienzo milagroso cuando fue encarnado como un ser humano - siendo concebido por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María (Mateo 1:20-23; Lucas 1:26-35).

### 2. *Perfecto, inocente, santo*

Adán fue creado perfecto, en completa posesión de sus facultades humanas, y con una conciencia divina que le permitía tener una comunión espiritual con Dios.

Inicialmente inocente, sin pecado y santo tuvo al principio una relación correcta con Dios, con la mujer, consigo mismo y con el mundo natural a su alrededor.

El último Adán, Jesús, también fue un hombre perfecto, uno con Dios (Juan 10:30; 17:21-22), inocente, sin pecado y santo (Hebreos 7:26).

Mucha gente se refiere erróneamente a Jesucristo como el 'segundo Adán', un término que no se encuentra en la Biblia. Sin embargo, la Escritura se refiere a Cristo como el 'segundo hombre' (1 Corintios 15:47). Hubo muchos hombres después de Adán, pero sólo Jesucristo fue el *segundo hombre* completamente sin pecado.

A diferencia del primer Adán, el Señor Jesús era, además, divino, teniendo los atributos, posición, prerrogativas y nombres de la deidad. Siendo completamente Dios, Él es digno de adoración (ver Apocalipsis 5:11-14; Mateo 2:11; Hebreos 1:6).

### 3. *La cabeza de la humanidad*

Adán fue la cabeza de la raza humana. Jesucristo es la cabeza de la humanidad redimida, liberada (ver, por ejemplo, Efesios 5:23). Puesto que Cristo murió una vez para siempre (Hebreos 7:27; 9:28; 10:10-14), nunca habrá necesidad de tener otros 'Adán'. Por tanto Él es el *último* Adán.

### 4. *Ambos dadores de vida*

El primer Adán dio vida a todos sus descendientes. El postrer Adán, Jesucristo, comunica 'vida' y 'luz' a todos los hombres, y da vida eterna a todos los que le reciben y creen en su nombre, dándoles 'potestad de ser hechos hijos de Dios' (Juan 1:1-14).

### 5. *Dos gobernantes*

A Adán, representando a la humanidad, se le dio el dominio del mundo creado (Génesis 1:26). Después de resucitar de entre los muertos, Jesucristo fue elevado a la diestra de Dios y le fue dado el dominio sobre todas las cosas, las cuales fueron puestas 'bajo sus pies' (1 Corintios 15:27; Efesios 1:20-22). El primer Adán fue señor sobre un dominio limitado, el postrer Adán es Señor sobre todo (Hechos 10:36).

### 6. *Un sueño profundo produce una hermosa novia*

Génesis 2:21-23 nos dice que Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, mientras Él creaba la novia de Adán, Eva, de un costado de este - ¡una herida en el costado de Adán produjo una novia! Note otra vez que la evolución teísta es excluida. El texto dice que Dios los hizo varón y hembra desde el principio (Génesis 1:27; 2:7; Mateo 9:14). Si Adán y Eva hubieran sido 'sub-humanos' antes de que Dios soplara vida en ellos, *ya* antes habrían sido varón y hembra, sin la necesidad de que Dios los hiciera así en esta etapa.

Cuando el postrer Adán, Jesús, murió en la cruz, su costado fue traspasado por una lanza (Juan 19:34), y sufrió el sueño de la muerte por todos nosotros. En su muerte Él pago el castigo por los pecados de la humanidad (1 Corintios 15:1-4). Aquellos que se arrepienten y ponen su fe en Él son unidos a Cristo en una relación que la Biblia compara a la de una novia y su esposo (2 Corintios 11:2; Efesios 5:27; Apocalipsis 19:6-8). Por tanto, una herida en el costado del último Adán también produjo una novia, la verdadera Iglesia - una novia gloriosa, 'sin mancha ni arruga... santa y sin mancha' (Efesios 5:27).

### **7. Una prueba importante**

Al comienzo de su vida, Adán pasó por un período de prueba donde se vería si obedecería a Dios o no. 'Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás' (Génesis 2:16-17).

Al comienzo del ministerio del último Adán, Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado (probado — en griego *peirazò*) por el diablo (Mateo 4:1; Lucas 4:1).

### **8. Una gran derrota y una gran victoria**

El primer Adán falló la prueba y al hacerlo involucró a toda la humanidad en su derrota, alejándola de Dios junto con él. Como resultado, en Adán todos somos condenados, en vacío espiritual, esclavos del pecado y expulsados del Paraíso (Romanos 5:12 ss).

El postrer Adán, Jesús, obtuvo la victoria sobre el pecado, la carne y el diablo. Como resultado, en Cristo, los creyentes son redimidos, prosperados espiritualmente, liberados del pecado e incluidos en el paraíso de Dios (Romanos 5:18ss; 1 Corintios 15:21ss; Apocalipsis 2:7).

### **9. Desobediencia frente a Obediencia**

El primer Adán desobedeció a Dios. El postrer Adán fue 'obediente hasta la muerte, y muerte de cruz' (Flp. 2:8).

### **10. Juicio y muerte**

El primer Adán experimentó el juicio de Dios — finalmente murió y su cuerpo se convirtió en polvo. A causa de su pecado la muerte entró a todos los hombres, 'por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios' (Romanos 3:23).

El postrer Adán, Jesucristo, también murió - en la cruz - para expiar el pecado (Isaías 53:5; 1 Pedro 3:18; Hebreos 2:9), pero no permaneció muerto ni su cuerpo 'vio corrupción' (Hechos 2:27; 13:35-37). Al tercer día se levantó de nuevo, triunfando sobre el diablo y sobre el poder de la muerte para todos los que creen en Él (Hebreos 2:14), y trayendo la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:22-23).

### **11. Maldición y restauración**

Originalmente la creación era 'buena en gran manera' (Génesis 1:31), el 'último enemigo', la muerte (1 Corintios 15:26) no había entrado en ella; ni siquiera estaba presente en el reino animal, estos al principio se alimentaban de plantas (Génesis 1:30). Las decisiones del primer Adán trajeron un reino de muerte y derramamiento de sangre sobre un mundo que originalmente era perfecto y que desde entonces gime de dolor (Romanos 8:22). Precisamente por la sangre derramada por el último Adán en su muerte, esta maldición de muerte y derramamiento de sangre será eliminada y toda la creación restaurada a un estado sin muerte ni pecado (Apocalipsis 21:1; 21:4; 22:3).

## **CONCLUSIÓN**

Todos estamos conectados con el primer Adán (la cabeza natural y legal de la raza humana) como pecadores y culpables, y por lo tanto incluidos en la sentencia de muerte que Dios pronunció sobre él. Sin embargo, todos los que están conectados con el último Adán, Jesús, a través del arrepentimiento y la fe en su obra redentora, son perdonados, han recibido el (gratuito) 'don de la justicia' y 'han pasado de muerte a vida' (Col. 1:14; Rom. 5:17; 1 Juan 3:14).